

La Ilustración Artística

Año XV

BARCELONA 9 DE NOVIEMBRE DE 1896

Núm. 776

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡POR LA PATRIA!

dibujo de Enrique Estevan, reproducido por Thomas

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por E. Pardo Bazán. — *El triunfo de Santa Genoveva*, por R. Balsa de la Vega. — *Un nuevo explosivo*, por J. Rodríguez Mourelo. — *Crónica parisiense*, por J. B. Enseñat. — *Nuestros grabados*. — *Miscelánea*. — *Un apóstol* (continuación). — *El compás de Santa Isabel*, por F. Seco de Lucena. — *Edificio metálico*.
 Grabados. — *¡Por la patria!* — D. Camilo Polavieja. — *El triunfo de Santa Genoveva*. — *El acorazado «Princesa de Asturias»*. — *Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos*. — D. Daniel Carvallo. — *La miseria en París*. — *Una riña de gallos en Oriente*. — Estudio. — Francisco F. Tisserand. — *Edificio metálico en San Juan de Costa Rica*. — *Monumento á Pasteur*.



EL TENIENTE GENERAL D. CAMILO POLAVIEJA,
(de fotografía de la Sra. viuda de Debas, Madrid)

El nombramiento del general Polavieja para el importante cargo de segundo cabo de la capitania general de Filipinas ha sido acogido por el país con unánime aplauso. Pocos militares tienen una hoja de servicios tan brillante como la de este ilustre caudillo: con decir que entró en el ejército como voluntario en 1858 y que en 1879 ostentaba en su bocamanga los entorchados de teniente general, habiendo ganado casi todos sus ascensos desde sargento segundo por méritos de guerra, queda hecha su mejor biografía. El general Polavieja ha hecho las campañas de Africa, de Cuba y de los carlistas; ha desempeñado mandos importantes, como la capitania general de Andalucía y la de Cuba; ha sido comandante del sexto cuerpo de ejército y jefe del cuarto militar de S. M.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

(Á LA RUSA)

París se ha portado como quien es en la recepción de su agosto huésped. Ese pueblo gasta, cuando se le pone entre ceja y ceja, mucha sal y no poco arte. Nunca se le frustra nada; ni los festejos ni las revoluciones. La misma maña se da á obsequiar monarcas que á descabezarlos. Así tiende guirnalda de finos farolillos de colores, como enciende los sediciosos *lampions* ó cuelga de la *lanterne* á los aristócratas, dándoles una música, por cierto bien distinta del himno al zar. París tiene nervios de mujer, y por eso, de la noche á la mañana (¿qué es un siglo sino un día de las naciones?) se transforma y pasa de rugiente calcetera de la guillotina á *ingenue* vestida de blanco que, desliziándose por el Sena á bordo de engalanada embarcación, presenta un ramillete de flores raras al que sus abuelos llamarían *tirano del Norte*...

El joven y simpático tirano — los tiranos podría decir, porque Nicolás de Rusia se trajo á su *tirana* y hasta á una *lobeznilla* encantadora de pocos meses, — habrá llevado recuerdos muy gratos de la ciudad regicida, vuelta para él en mansa paloma monárquica y leal. Los soberanos rusos dieron una prueba de valor entregándose á la muchedumbre, y la muchedumbre correspondió á la confianza de la imperial pareja suprimiendo toda broma pesada, bombas explosivas y otros excesos. Nada turbó la alegría; ningún desesperado quiso inmortalizarse al estilo de Eróstrato, cometiendo una barbaridad muy gorda; y hoy la superficie de París, alborotada por el paso del huésped, empieza á serenarse, como un lago suizo después de la tormenta.

Sin embargo, no creáis que París al apagar las luces y cerrar las ventanas, como se hace en un palacio suntuoso después de un sarao, se olvida del héroe de la fiesta, ni borra la impresión de la honra recibida. Vamos á tener este año una invasión del gusto ruso en todo y por todo. Apicio, cuando su cocinero le acertaba con el paladar, le enviaba de regalo un plato de oro; nosotros, si un torero se porta bien, le da-

mos la oreja; París, á sus amigos los pone de moda, los hace dueños del tocador y árbitros de la elegancia. Tiene que defender el cetro del buen gusto, porque Inglaterra se lo está arrebatando: Inglaterra, en la actualidad, es más *vlan* que Francia: empezó por cortar mejor la ropa de hombre, siguió por vestir deliciosamente á los mocosos ó *babies*, apoderóse luego de las *girls* ó muchachas semi-casaderas, y ya ha puesto su silla en todas partes, en el traje, en el nobiliario, en la decoración de las habitaciones, en el modo de servir las mesas y hasta en los juegos. Sólo le queda á Francia un dominio propio: la indumentaria femenina, en la edad de agrandar. Mientras la mujer, sin saberlo ó á sabiendas, aspira á arañar y turbar los corazones, se viste á la francesa, y trae de París ó siquiera de Francia los moños y los pingos. La moda parisiense lleva más malicia que la de Londres; tiene intención, coquetería, y por decirlo así, *literatura*. Este año, y sabe Dios si el que viene, las corrientes literarias de la moda serán eslavas; el terreno está preparado, porque desde 1881 los bárbaros vienen apoderándose insensiblemente de París.

El pueblo ruso atesora elementos pintorescos capaces de refrescar la imaginación exhausta ya de los modistos, que no saben á qué santo encomendarse para discurrir algo inédito. En esto se parecen la arquitectura y la moda actuales: no tienen carácter propio: necesitan echar mano de otras épocas, repetir modelos de antaño. ¿Le encargan al arquitecto una iglesia? Reproduce un templo bizantino del XII ó una flecha ojival del XV. ¿Se trata de un palacio? Allá va el estilo del XVI. ¿Una plaza de toros? El mudéjar. ¿Una fuente monumental? Recurre á alguna de las *aguas* romanas, y tan campante. — Lo propio el modisto. Buscando la novedad consulta lo más viejo: las estampas arcaicas, los cuadros de los pintores primitivos, los figurines de la modista de María Antonieta. No se quebrará los cascos, no: ahí están Ana de Austria y madama de Pompadour para sacarles de apuros. Así una mujer contemporánea parece á veces que se ha desprendido de un lienzo de Rubens, de una tabla de Mieris ó Terburg ó de una acuarela de Lancret. El arte infesta los talleres de modas; á bien que el taller de modas suele meterse en el de los artistas; retratos y esculturas conozco que son figurines.

El estilo ruso entró en las costumbres francesas, y después en las europeas, llevado de la mano por la literatura. Hay que reconocer en Francia esta excelente condición: que es hospitalaria y que no se desdén de aprender nunca: su espíritu, abierto y claro, allí está como un espejo para reflejar la belleza, sin preguntarle si es morena ó blonda, tropical ó boreal. La literatura rusa parecía lo más apuesto á la estética francesa: así y todo, ha encontrado abiertos los brazos, francos los corazones y esa comprensión y esa tolerancia que tanto dicen en favor de la cultura de un pueblo. Si bien se mira, *comprender* es función natural de la gente culta. La *incomprensión* da la medida exacta del atraso y la barbarie. Ved el efecto que produce en una aldea el oír pronunciar una lengua extranjera: la risa estúpida, el grosero asombro de los patanes ante aquellos sonidos á que no están habituados. Notad, en los que viajan sin poseer nociones de tolerancia internacional, el enojo y el despecho que les causa que las cosas no sean ni se llamen allí como son y las llamamos aquí. Una señora conocida mía, que había varado en París, no pudo avenirse nunca á que en la lista de la lavandera francesa los calzoncillos se llamasen *caleçons*. «Paso que las enaguas sean *jupons*, aunque me suena bastante mal; paso que á las chambras les digan *camisoles*, y no negará usted que es muy raro; pero á los calzoncillos *caleçons*! No transijo con eso.» En medio de la risa que me causaba la extravagante manía de la excelente señora, no pude menos de pensar que como ella discurren millares de personas al parecer sensatas. Nuestros vecinos, en este particular, están muy adiestrados. No haya miedo de que se sorprendan ó extrañen de ningún habla ni de ninguna costumbre forastera. Al contrario, saben acogerlas con simpatía. No improvisan recibimientos como el del zar, sino que los preparan largo tiempo, por medio de una asimilación gradual y complaciente: como los romanos (que jamás llegaron á mayor altura en el simbolismo), tienen abierto el Panteón, donde acogen los ritos, las creencias, las supersticiones de los demás pueblos. Países hay muy hospitalarios para el cuerpo, donde siempre es mal acogida el alma. Los franceses saben dar hospitalidad al alma de las naciones.

Hace años ya que se familiarizaron los parisienses con el alma rusa. La literatura terció en esta unión; los libros fueron los galeotos; pero había raíces muy viejas de aspiraciones á alianzas: era inolvidable la entrevista de Tilsitt, sueño efímero, que tuvo por despertar el incendio de Moscou, la formidable retirada por entre los hielos de las estepas, y la caída del

imperio napoleónico, á la cual también por acá ayudamos. En aquel entonces Napoleón deseaba la alianza rusa para hacer polvo á Inglaterra: hoy la quiere Francia para erguirse retadora ante Alemania. A principios del siglo — increíble parece que no hayan transcurrido más que ochenta y tantos años desde estos fantásticos sucesos! — Alejandro y Napoleón no se contentaban con menos que repartirse el mundo. La república de 1896 no pide tanto... Que pueda recobrar á la aldeanita del lazo de terciopelo negro sobre las trenzas doradas, y se dará por satisfecha... al menos durante algunos meses.

Entretanto vestirán á la rusa las señoras, y las pieles se impondrán. Y aparte de todos los recuerdos históricos y de todas las combinaciones políticas, ¿no son muy lindas las pieles? En primer lugar, tienen un abolengo bien ilustre: con pieles se vistió por primera vez el género humano. Supongo que no estarían curtidas, porque no se conocían aún los procedimientos de la tenería, y las ropas de Adán y Eva debían de oler mal á pocos días de desolladas. Hoy, que se curte tan divinamente (desde que Nerunco enseñó este útil arte á los moradores de la industriosa Sidón), no podemos comprender abrigo más dulce que el de piel, que desarrolla una atmósfera tan suave alrededor del cuerpo. Hasta las regiones hiperbóreas se adelantan los atrevidos cazadores persiguiendo á los animales que tienen la desgracia de deber á la naturaleza una hermosa vestidura. No proceden de Rusia, sin embargo, algunas de las pieles que hoy se estiman y usan más: la elegante chinchilla, esa preciosa rata tan bien vestida de gris plateado, se caza en Bolivia y en el Perú; en cambio la reina de las martas, la fina marta cebellina tan ensalzada por Cervantes, sólo la encontraríais en la península de Kamschatka, y anda tan retraída, que cada día es más cara su rica piel color de avellana, halagadora y eléctrica al tacto como una cabellera bien peinada y copiosa de mujer rubia. Hacia Rusia hay que buscar también al zorro azul, á la bonita liebre polar, al castor arquitecto y al armiño, el del heráldico pelaje, aquél todo poesía, de quien hemos hecho el emblema de la pureza, aunque sólo es blanco é inmaculado en invierno, y su extraña metamorfosis de verano podría dar que pensar, haciendo de él más bien el símbolo de la hipocresía, revestida ante el público de apariencias candorosas.

No hay adorno más magnífico y señorial que las pieles. Lástima que anden tan baratas las imitaciones del *petit gris* y hasta de la marta; lástima que el conejo, y el gato, llamado festivamente *nutria de buhardilla*, quieran remedar los delicados aforros de nutria verdadera y de legítimo castor. Una piel ordinaria es como un encaje mecánico: más valdría prescindir de ese falso y triste lujo. Las pieles malas hasta no abrigan. Mas no hemos de suponer que, en Rusia misma, las pieles ricas no son un lujo. Si tal creyéramos, nos pondríamos al nivel de aquel inglés chusco y cándido, que entendía que en España el *sherry* era la bebida usual de las clases jornaleras. No: en Rusia el zorro azul, la marta cebellina y el armiño andan por las nubes, y los pobres *mujisk* ó labriegos se honran con la *tulupa*, que es buenamente pellejo de borrego, curtido como Dios les da á entender, y por consecuencia, apestoso.

Es increíble lo que el contacto de Francia con Rusia ha influido en el consumo de la peletería. En mi niñez recuerdo que llamaba la atención una señora con pieles. (Con pellejo sano no las había ni ahora ni entonces, porque la murmuración es más antigua que las modas rusas.) La que se permitía el derroche de poseer una *palatina*, especie de rotunda corta, muy desgraciada por cierto, la sacaba sólo los días de repique gordo y la custodiaba bajo fanal. Hoy las chaquetas de nutria de mil y dos mil pesetas de coste no llaman la atención; y á la salida de los bailes quizás veis entreabrirse sobre un escote desnudo de burguesa el largo capote forrado de imperial armiño...

Este invierno, más que nunca, estarán en favor las pieles, y también las gorras moscovitas, los boas, los samovares, los trajes rígidos, como los que llevan los *iconas* ó imágenes bizantinas, las diademas altas, y ¿quién sabe si la gallarda *troika*? Me sorprendería que alguna de esas Frinés parisienses, que tienen imaginación, no saliese al Bosque en *troika*, muy envuelta en tiras de zorro azul, con los tres caballos blancos, el de en medio trotando y los de los lados galopando, con campanillas de plata, y el cochero vestido de terciopelo, luciendo la roja camisa y las altas botas, la barba color de lino, la tez blanca y rosada, los ojos fríamente azules — de los cocheros eslavos, — y por fondo de la decoración los árboles salpicados de nieve, y el lago inmóvil, preso en cárcel de cristal, convidando al raudo patinaje.

EMILIA PARDO BAZÁN



EL TRIUNFO DE SANTA GENOVEVA

5 de noviembre de 1824

Célebre pintura mural ejecutada por el barón Gros, en la cúpula del Panteón de París

Juan Antonio Gros, barón de Gros, discípulo el más famoso de los del célebre David, tuvo gran influencia en una generación de pintores españoles, la segunda del siglo actual. Pues así como al taller del pintor republicano fueron los Madrazo (D. José), Aparicio y otros, al de Gros acudieron entre otros Espalter, de quien recibí lecciones allá por los años de 1877 y 78, como profesor que era de la cátedra de *antiguo y ropajes* en la Escuela Central de Pintura, Escultura y Grabado.

Recuerdo esto aquí, porque la figura artística del barón de Gros fué una de las primeras del arte francés del período de la república y del imperio napoleónico que conocí *espiritualmente*, gracias á la apología diaria que de él me hacía mi venerable maestro Espalter durante nuestros matinales paseos por el Retiro, á las máximas que del autor de *La peste de Jaffa* me enseñaba, y muy especialmente á los grabados y dibujos que del gran pintor francés guardaba como oro en paño. Por esta razón la pintura mural que hoy conmemoro, obra portentosa, considerada como una de las capitales de la escuela francesa, sin embargo de su clasicismo un tanto frío, la conozco y la admiro como es efectivamente de las más grandes que surgieron de entre aquel revuelto período de la historia de Francia, que comienza en la primera República y termina en el reinado de Luis XVIII.

* *

Tres modificaciones de gran importancia hubo de sufrir el primer boceto de la vasta composición, presentado por Gros al emperador Napoleón I, que fué quien le encargara la obra. Debía representar el artista, con figuras de cuatro metros, *una gloria de ángeles* transportando al cielo la casa de Santa Genevieve; debajo de este gran grupo aparecían en otros tres los reyes Clovis y Clotilde, que fundaran la primitiva iglesia dedicada á la patrona de París; San Luis y Carlomagno, y Napoleón y su mujer, quienes consagraban á la santa la nueva fábrica.

Gros, después de la aprobación del boceto, se puso á la obra; pero los acontecimientos políticos, derribando lo entonces existente para poner en el trono á Luis XVIII, vinieron á suspender primero la obra y más tarde á modificarla, como reza la carta siguiente, dirigida por el ministerio del Interior al artista: «En el cuarto lugar de la composición, después de Clovis, Carlomagno y San Luis, deberá colocarse á S. M. el rey Luis XVIII, acompañado de su augusta sobrina la duquesa de Angulema y en actitud de poner el reino bajo la protección de Santa Genevieve. Con este último motivo quedará perfectamente termi-

nado el ciclo de las grandes épocas religiosas, indicando él mismo el comienzo de una nueva era de gran prosperidad.» En esta misma carta le ofrecían á Gros 50.000 francos en lugar de 36.000 en que había justipreciado la pintura. Seis meses más tarde volvió el artista á recibir otra orden en la cual se le decía que trazase la composición con arreglo al primer boceto. Pasados los *cien días* Gros fué invitado de nuevo á poner en el cuarto lugar de la serie histórica de los reyes á Luis XVIII, y así quedó definitivamente. Se expuso la pintura á la admiración pública el día de la fiesta de Carlos X, el 4 de noviembre de 1824, diez años después de haber comenzado Gros su labor.

* *

Ocupa el *Triunfo de Santa Genevieve* la parte superior de la cúpula. Aparece la santa sentada en nubes y como descendiendo sobre los reyes. La atmósfera luminosa que rodea á la patrona de París recuerda algo los cielos de Murillo. Alza la virgen pastora hacia el cielo los ojos y la mano derecha, y con la izquierda señala el grupo de Luis XVIII; la actitud de intercesión está admirablemente sorprendida. Viste una túnica y le cubre las rodillas un largo manto plegado con gran estudio para que se indique el desnudo; en la cabeza tiene un velo de gasa; sostiene en las rodillas un libro abierto, y á sus pies se ve un cordero y sobre una piedra una copa que contiene unos ramos; rodean á la santa ángeles que desparraman flores.

Aparece el terrible Clovis á la derecha de Santa Genevieve ocupando con su esposa Clotilde una de las partes bajas de la cúpula. Viste de blanco el rey; el color de la vestidura significa la pureza obtenida con el agua bautismal; la reina á quien debe Clovis su conversión le muestra un libro, el de los Evangelios; el converso pone sobre los sagrados textos una mano. El grupo de Carlomagno está inmediato al de Clovis (hago esta reseña marchando de derecha á izquierda). Es este grupo el mayor de los cuatro en que Gros dividió la serie cronológica de las monarquías en Francia. Aparece el emperador ocupando el centro de la composición del citado grupo. A mi parecer el artista estuvo mucho más afortunado en la evocación de esta figura que en las de Clovis y San Luis, si hemos de aceptar el tipo que la historia y la leyenda trazaron del gran fundador de la monarquía

carlovingia. Así pues, el conquistador y civilizador de los sajones y de la Teutonia y decidido defensor del cristianismo; el fundador de la celeberrima escuela de Santa Genevieve, de aquella universidad de la cual siglos andados había de surgir la figura de Abelardo, lo trazó Gros, arrogante, en pie, sosteniendo en la mano derecha el azulado globo que remata con la cruz, vistiendo un amplio manto real sobre el que descansan los luengos bucles de la barba y el cabello blancos. Como en el grupo de Clovis, también aparece la piadosa consorte del emperador, Hermegunda, arrodillada y con las manos en actitud orante. Rodean á estas dos figuras las de varios ángeles, y un adolescente sostiene una cartela donde están inscritas las principales instituciones, así de orden religioso, como intelectual, político, de que fué fundador Carlomagno. Los sajones sumisos vense en otro grupo más abajo del de los monarcas, y un ángel les muestra una cruz; equilibrando la composición se advierte á la izquierda un trofeo formado con armas de los pueblos bárbaros sometidos.

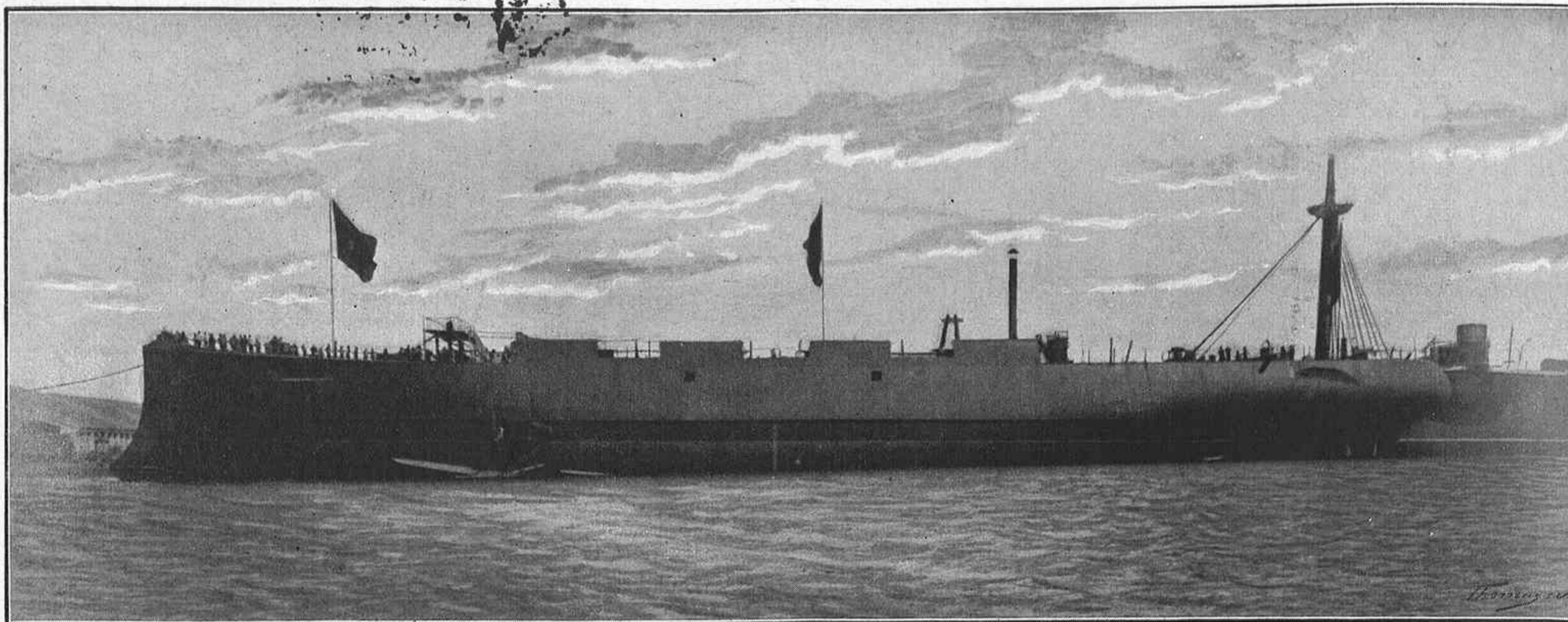
El santo rey cruzado y su mujer aparecen ambos de rodillas y en actitud suplicante. Los esposos dirigen sus miradas á la patrona de París; San Luis extiende los brazos hacia una mesa cubierta con un paño rojo, sobre la cual se mira la corona de espinas traída por él de Jerusalén. Unos ángeles sostienen estandartes blancos en los cuales brillan las flores de lis y una cruz roja. Armas sarracenas forman un trofeo.

La última parte de la cúpula la ocupa el grupo de Luis XVIII. También dirige el rey la mirada á la santa mientras extiende la mano izquierda hacia el cetro flordelisado que se ve sobre un cojín de terciopelo; pero más, bastante más que la figura del monarca me gusta, por el movimiento y la expresión, la de la duquesa de Angulema, sobre la cual se apoya su regio tío, y que ella parece ayudar en su camino. El contraste de aquel anciano con la esbelta y sentida figura de la duquesa es delicadísimo y de un valor estético innegable. Ante los ojos de la de Angulema se desarrolla la visión celestial y *profética* de Dios, en cuya gloria y á su lado están Luis XVI, María Antonieta, sus hijos y no recuerdo si la princesa Isabel. Olvidaba un detalle importante de la composición de este grupo: un ángel rasga el velo que oculta al infante sucesor del trono.

* *

No he de emitir juicio respecto de obra tan conocida; hasta la saciedad lo han hecho plumas expertísimas; pero no dejaré de mencionar aquí la impresión que me causó esta colosal pintura la primera vez que visité el Panteón.

Confieso sinceramente que entonces — hace de esto bastantes años — sentí enfriarseme el entusiasmo que me infundieran los elogios que de tal pintura me había hecho mi venerable maestro Espalter. Acostumbrado á las brillantesces y atrevimientos en la disposición de grupos y figuras de Lucas Jordán, de Tiepolo, de nuestro Goya, únicos pintores decoradores que conocía, encontré



EL ACORAZADO «PRINCESA DE ASTURIAS» EN EL CAÑO DE LA CARRACA (SAN FERNANDO - CÁDIZ) DESPUÉS DE SU CAÍDA AL AGUA EN 17 DE OCTUBRE ÚLTIMO

(De fotografía del Sr. Cepillo, de San Fernando)

gris la totalidad, y en medio de ese gris desentonando algunas notas como la del manto de Carlomagno, el trapo de terciopelo verde sobre el cual aparece el cetro de Luis XVIII, y varios otros detalles, como la veste del mancebo que tiene la cartela de las inscripciones. Pero en las sucesivas visitas, sin rectificar por completo la impresión primera, pude admirar la corrección de dibujo, el dominio enorme que de la forma tenía Gros, la elegancia de algunas figuras, así de las desnudas como de las vestidas, y el acierto en los contrastes de los tipos y de las composiciones de los grupos.

Y aparte de otros aciertos de paleta, he de mentar que lo considero muy grande el de la figura de Santa Genoveva, el de los ángeles de los estandartes y del grupo de Luis XVIII.

* *

Gros aparece en esta pintura con todo el esplendor de su talento. Sin olvidar las máximas de David se muestra menos frío que aquél, así en el movimiento de las figuras y en la expresión de los afectos, como en el manejo de la paleta. Realmente puede considerarse cuasi romántico en este sentido; mas faltábale ese algo, y por eso se quitó la vida arrojándose al Sena.

R. Balsa de la Vega

UN NUEVO EXPLOSIVO

Sería cosa bastante difícil seguir paso á paso y describiéndolos uno por uno los descubrimientos de sustancias dotadas de la facultad de detonar con violencia por el choque, la percusión ó el contacto de otras asimismo explosivas, realizados desde que fué obtenida la nitroglicerina, ó mejor aún, desde que, fabricando dinamitas, se han encontrado medios de regular sus efectos y facilitar su transporte sin riesgo alguno. Casi á diario vese el anuncio de algún explosivo, cuyas excelencias y ventajas sobre los conocidos pregonan los inventores, con gran lujo de detalles, cuando relatan ensayos de su fuerza, y establecen, de la manera más ingeniosa que pueden, toda una serie de comparaciones prácticas entre el poder de lo nuevo y el atribuído á lo de antiguo conocido y probado: así han aparecido poco á poco, en el término de algunos años, la *melinita* y la *panclastita*, la *roburita* y la *nitramita*, para no citar sino las materias explosivas á las cuales ha dado la fama mayor renombre, pudiendo, con buenas razones, incluir en el número de los explosivos las llamadas pólvoras sin humo, grandes reformadoras del arte de la guerra y del mecanismo de las armas portátiles. Puede asegurarse que la fabricación de los cuerpos detonantes diferentes de la pólvora ordinaria y de las mezclas gaseosas explosivas, obedece á los mismos principios y se funda en iguales reacciones químicas, y para afirmarlo de este modo es preciso tener en cuenta que todo explosivo es verdadero almacén de fuerza, en él acumulada al formarse con grandísima absorción de calor; además representa un equilibrio molecular sumamente inestable, y al romperse, á causa del menor accidente propio para turbarlo, pónese de manifiesto de

una vez la energía acumulada, si hay resistencias que á ello se opongan, y de ahí vienen el aumento verdaderamente enorme de la temperatura, el desarrollo de presiones manifestadas en todos sentidos y cuantos fenómenos mecánicos y químicos acompañan á la detonación, la cual es, en definitiva, un movimiento especial, propagado en forma de onda, según se propagan el sonido, el calor, la luz y la electricidad: admitiendo esto, confirmado en multitud de experimentos y medidas, resulta explicada la facilidad relativa de obtener compuestos explosivos, siempre que se dispongan medios de realizar combinaciones bastante complicadas, inestables, y que para constituirse necesiten absorber, en forma de calor, grandes cantidades de energía: conocido el principio, cada explosivo no será sino caso particular de su aplicación, uno de tantos fenómenos en los cuales la complicación de la molécula asegura la poca estabilidad del cuerpo formado, y el hecho de la descomposición rápida, no dando sino otros cuerpos en estado gaseoso y á elevada temperatura, proyectados con enorme fuerza, es consecuencia precisa y necesaria del mismo régimen de las detonaciones y del trabajo invertido en formar el cuerpo detonante, la mayor parte de las veces modificando otros muy ricos en carbono.

Hállase constituida la casi totalidad de las materias explosivas de mayor uso y aplicación por combinaciones nitradas, y redúcese su fabricación á introducir en la molécula de una substancia orgánica, binaria, como en el caso de la bencina y algunos otros hidrocarburos, ó ternaria, que es lo más frecuente, á ejemplo de la celulosa, el núcleo ó residuo formado uniéndose el nitrógeno y el oxígeno para constituir el protóxido y el bióxido de nitrógeno: así se consiguen la nitroglicerina, la nitrobencina y la *piroxilina* ó celulosa nítrica, base y obligada materia constitutiva de las pólvoras modernas, caracterizadas por dar gases incoloros al inflamarse y detonar. Trátase, por consiguiente, al fabricar un explosivo, de juntar dos elementos; uno de ellos, el carbono, eminentemente combustible, y otro, el comburente por excelencia, ó sea el oxígeno, á su vez retenido en una combinación tan inestable como las resultantes de sus uniones con el nitrógeno, formando los términos inferiores de la escala de oxidación de tal elemento; pero este oxígeno ha de hallarse en tales proporciones á fin de cumplir cuanto exige la teoría, que sea suficiente para quemar completamente el carbono, y el desiderátum, en punto á ello, sería que la materia detonante, al descomponerse resolviéndose en gases, hiciera sólo produciendo libres anhídrido carbónico y nitrógeno, ambos incoloros, sin traza de vapor de agua, ni de compuestos nitrosos y sin dejar tampoco el menor residuo sólido, constituido por mezcla variable de diversas substancias minerales. Abundando mucho la celulosa en el reino vegetal y siendo producto de la gran industria el ácido nítrico, pueden tenerse siempre á mano los elementos principales de todo cuerpo explosivo: el carbono de la materia orgánica no se altera, en cuanto á su modo de estar en la molécula ternaria; mas ésta pierde hidrógeno, cuyo elemento reduce al ácido nítrico, apoderándose de parte de su oxígeno para formar agua y rebajándolo á óxido nítrico, cuyo cuerpo toma el lugar dejado libre por el hidrógeno: este cambio molecular, efectuado con

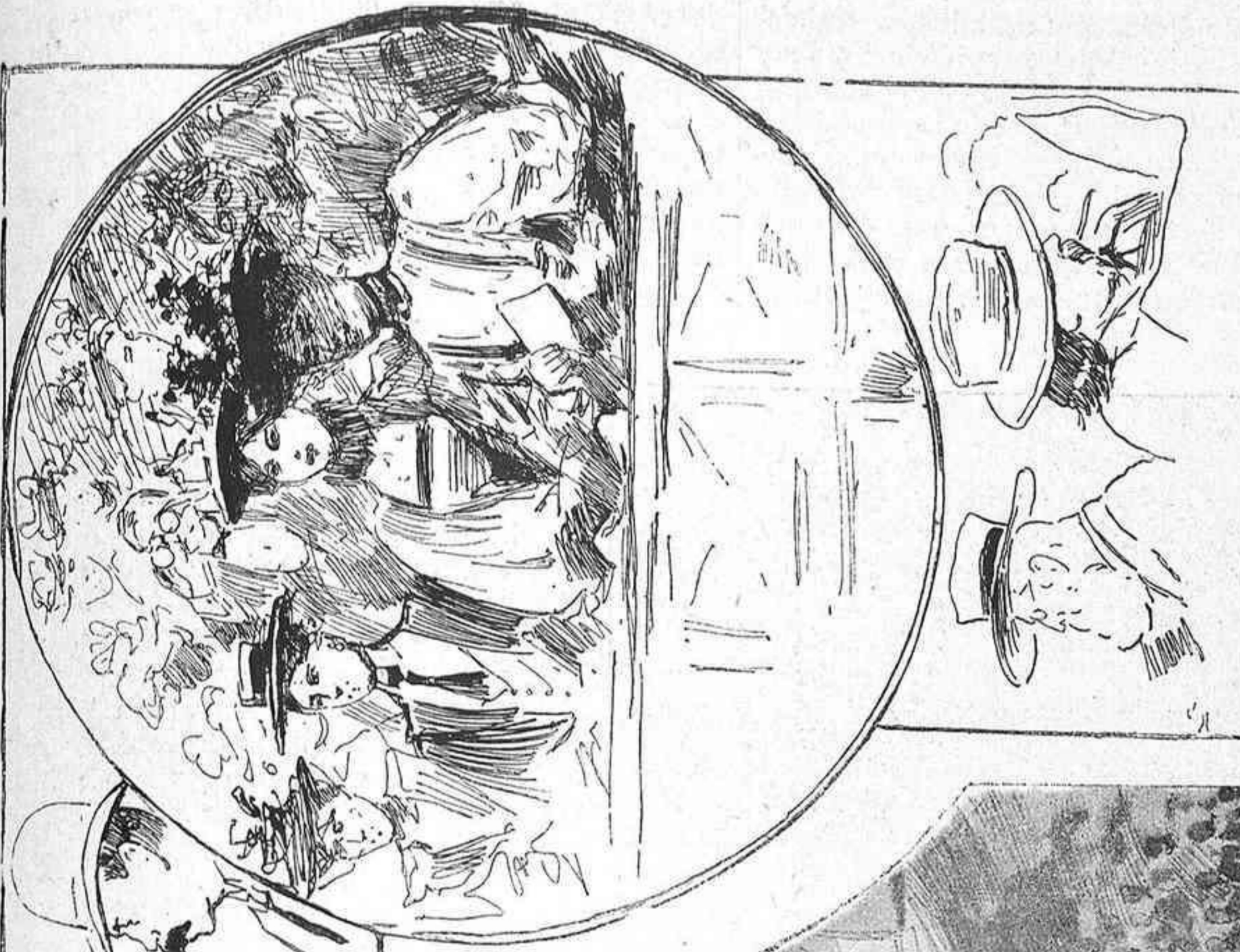
grandísima absorción de calor, genera un equilibrio químico sumamente inestable; y así cuando la nueva substancia, que es, en definitiva, un nitro-derivado, producto de sustitución regular, hállase sometida á determinadas influencias, bastando, en ocasiones, leve choque ó suave frotamiento, se descompone con increíble rapidez, y en un instante, al deshacerse aquel equilibrio mantenido por acciones poco enérgicas y lazos nada apretados, desarróllase toda aquella energía acumulada, con manifestaciones de sonido, presión, calor y luz; de modo que lo fundamental, tratándose de las materias explosivas, reside en dar cumplimiento á toda la serie de transformaciones en cuya virtud, partiendo de cuerpos binarios y ternarios, ricos de carbono, se alcanza á conseguir introducir en su molécula precisamente el cuerpo calificado de más inerte, cuando se considera libre y por completo desligado de toda combinación con cualquiera elemento.

Rompiendo la especie de tradición formada respecto de la manera de preparar las materias explosivas, no se ha acudido, en el caso del *ozobenceno*, al tan socorrido medio de nitrar substancias orgánicas binarias ó ternarias, siempre ricas en carbono, ni siquiera, conforme á lo acontecido en muchos casos, se han mezclado nitro-derivados y nitratos de base gaseosa ó muy volátil, con objeto de conseguir materias detonantes de gran potencia; y sin embargo, la del nuevo explosivo es sobre toda ponderación enérgica. Inaugurando la era de mejores procedimientos y señalando á la ciencia y á la industria distintos derroteros de los hasta aquí seguidos; ensanchando los límites del conocimiento respecto del particular y proporcionando mayores medios para satisfacer ciertas necesidades prácticas, referentes á aquellos cuerpos dotados de cualidades detonantes, manifestadas al descomponerse con rapidez suma, trátase de cambiar los elementos destinados á producir, mediante conocidas reacciones químicas, los cuerpos explosivos y variar las condiciones de su formación, de tal suerte que si para los efectos mecánicos de su descomposición resulta identidad con otros derivados nitrados dotados de la misma propiedad de detonar, por causa de choques, presiones ó influencias varias y en cada caso determinables, cambia de modo radical la manera de generarse, aunque intervienen, de necesidad, substancias que son verdaderos almacenes de fuerza, constituidos por trabajos que significan absorción de energía, medibles en unidades térmicas. Si partiendo del concepto actual de cuerpo explosivo, tomado en su sentido de mayor generalidad, se piensa que la detonación es provocada, en definitiva, por la ruptura de un equilibrio químico poco estable, al momento aparece bien claro el fundamento del nuevo sistema y se entiende en seguida que ni las mezclas gaseosas, ni los derivados nitrados ó las mezclas capaces de producirlos, son los únicos y solos medios de obtener materias detonantes, aunque en todos los casos el producto de sus descomposiciones sea el mismo, tratándose particularmente de efectos mecánicos de ruptura, los cuales son aquellos más y mejor utilizables en la práctica. Toda reacción química capaz de dar cumplimiento, en el mecanismo de los cambios en ella acaecidos, á las condiciones asignadas para que su resultado sea una substancia ó un sistema de cuerpos dotados de la cualidad detonante, es



GUILLERMO J. BRYAN, candidato democrático

En las galerías



Tipos de electores republicanos



MAC KINLEY, candidato republicano



Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos, dibujos de Dante Paolucci

Engraves

pues aprovechable, y lo será, todavía con mayor razón, si las substancias destinadas á generar el explosivo son, por sí mismas, productos de fenómenos especiales y significan absorción de energía en ellas acumulada y pronta á manifestarse, provocada, en último término, por alguna de estas acciones que llamamos de desprendimiento. Así se comprende cómo reaccionando, en las circunstancias más abajo apuntadas, la bencina y el ozono producen el novísimo explosivo, dotado de propiedades muy singulares, y que, atendiendo á sus elementos generadores, ha sido llamado *ozobenceno*.

Fácil es conseguir la combinación del ozono, que es oxígeno condensado, sumamente activo y dotado de grandes energías químicas, con la bencina, carburo fundamental y el primero de la serie aromática, cuyas propiedades se explican, en cierto respecto, teniendo presente que se forma y genera condensando en uno, á la temperatura del rojo, tres volúmenes de otro hidrocarburo más sencillo, el acetileno. Tenemos, pues, dos cuerpos constituídos mediante absorción de calor, ó en sentido más general, de energía, productos de condensación, en último análisis, y capaces de unirse directamente, conforme lo han demostrado, en sus ensayos y experimentos, los químicos Renard y Houzeau: su modo de proceder es bien sencillo, y redúcese, cuando se opera en pequeño, á poner en un tubo un poco de bencina, bastando unos cuantos centímetros cúbicos para ver toda la serie de fenómenos inherentes á la formación del *ozobenceno*, y hacer luego pasar á través del líquido y borboteando en él una corriente, no muy rápida, de ozono puro, siendo condiciones indispensables para el buen éxito de las operaciones que el gas hállese absolutamente seco y que la temperatura sea siempre inferior á la correspondiente á diez grados centesimales, mientras las operaciones duren. Primero el líquido, incoloro y transparente, pierde su limpidez á medida que pasa ozono, y pronto adquiere aspecto opalescente: como las acciones entre los cuerpos puestos en contacto son bastante lentas, necesitan como diez ó doce horas de reacción para que el tubo se encuentre cubierto, en su parte interior, por una masa amorfa, translúcida y de aspecto gelatinoso, cuyo momento llegado, marca el término de la absorción de ozono por la bencina, y sólo queda ya desalojar el exceso de hidrocarburo, valiéndose de una corriente de aire bastante rápida á fin de acelerar su evaporación, durante la cual se convierte la masa transparente en un cuerpo blanco y opaco, que es el *ozobenceno*, requiriéndose, como en el caso del ozono, emplear el aire lo más seco posible; porque, conforme veremos luego, el agua altera profundamente al nuevo explosivo y con facilidad suma lo descompone. Tiene de notable la reacción apuntada entre la bencina y el ozono el llevarse á cabo sin desprendimiento de gas alguno, porque ni siquiera trazas de producirse anhídrido carbónico se observa en ella, á lo menos en proporciones sensibles; hecho que sirve para demostrar como no se trata de un producto de sustitución regular, sino, acaso mejor, de reacciones exclusivamente aditivas, á lo que parece; pues los trabajos realizados hasta el presente, más se dirigieron y encaminaron á determinar las propiedades explosivas del nuevo cuerpo oxigenado, que á averiguar el mecanismo de su formación realizada en las condiciones dichas, partiendo, en resumen, de un cuerpo simple, como es el ozono, y de una combinación binaria tan sencilla como la bencina, compuesta, conforme es bien sabido, de carbono é hidrógeno.

Cuando se ha expulsado el exceso de hidrocarburo valiéndose de aire en corriente y completamente seco, resulta ser el *ozobenceno* cuerpo sólido constituyendo una masa amorfa, sin trazas siquiera de estructura cristalina y de color blanco bastante puro; exige, para conservarse intacto, una atmósfera privada por completo de toda humedad, pues trátase de una substancia en alto grado alterable y descomponible por la menor traza de agua líquida ó en vapor; si la tem-

peratura del nuevo explosivo se eleva de repente hasta la correspondiente á cincuenta grados centesimales, la detonación es inmediata, rapidísima y muy violenta; pero si el calor es manejado con ciertas precauciones y extremada lentitud, puede llegarse á mayores temperaturas, conservándose intacto el *ozobenceno*, sin dar la menor señal de descomposiciones de ningún género. Es, sin embargo, cuerpo de difícilísimo manejo, el cual no puede hacerse sin apelar á extraordinarias precauciones: trátase de un equilibrio

ensayado, habiéndose visto cómo algunos cuerpos, dotados de funciones químicas diversas, provocan enseguida la explosión, la cual efectúase por medio del contacto con ácido sulfúrico concentrado, amoníaco ó potasa, en frío y sin apelar á ningún género de intermediarios; en cuanto á la naturaleza de los productos resultantes, siempre en estado gaseoso, porque en ningún caso deja nada sólido ó poco volátil, nada se sabe todavía, ni se han estudiado lo suficiente; mas se colige, dados los elementos que reaccionan, que principalmente han de constituirlos anhídrido carbónico y agua, esta última en vapor, si no disociada, en el caso de elevarse la temperatura hasta el punto de romper los lazos que mantienen unidos el oxígeno y el hidrógeno, para constituirlos y formarlos.

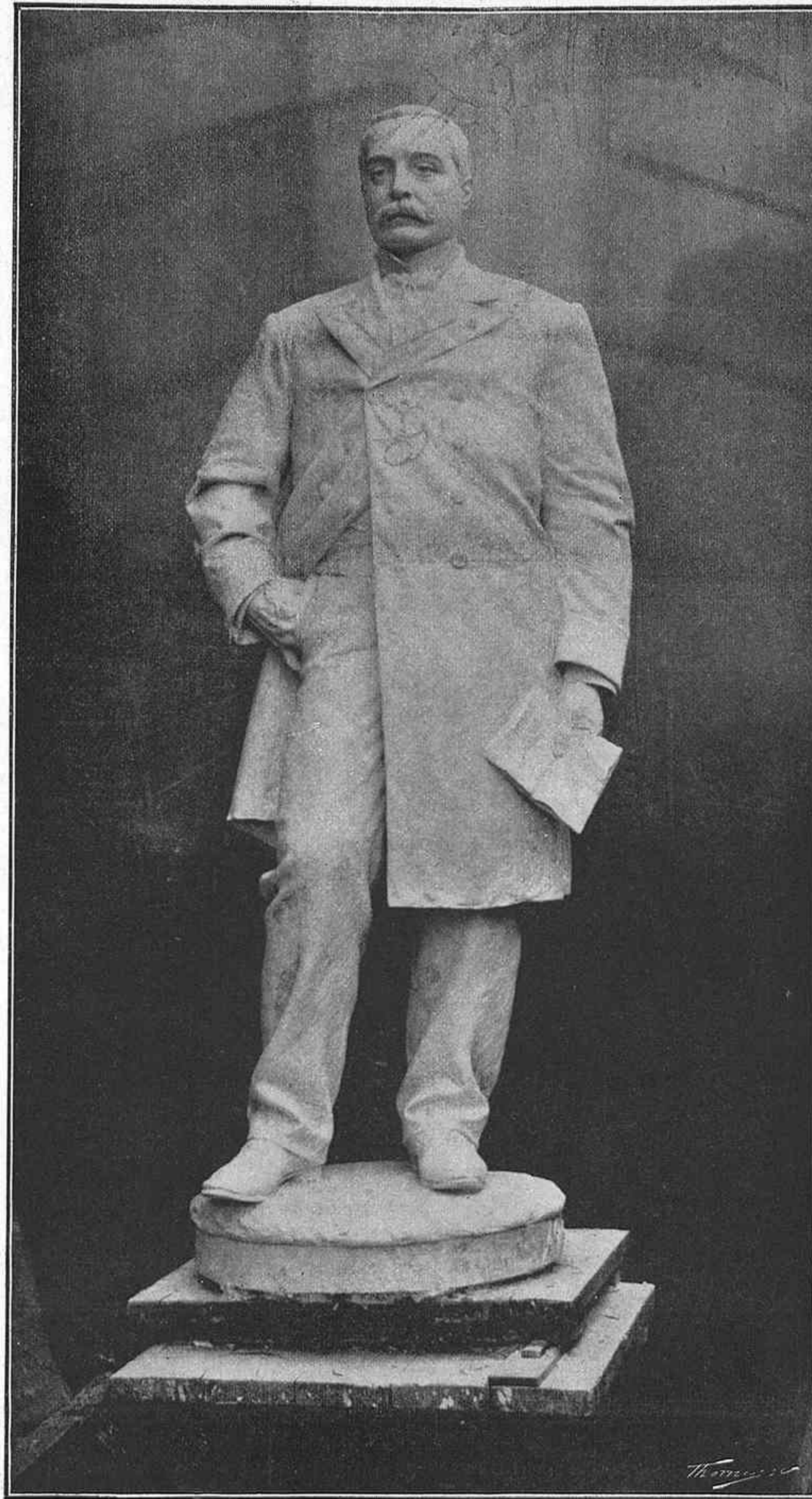
Las acciones más curiosas y las mejor estudiadas respecto del *ozobenceno* son las del agua, cuyo líquido ya se dijo que es apto para descomponer el nuevo explosivo; pero, cosa bien singular, así como las descomposiciones debidas á otros cuerpos son rapidísimas, violentas y concomitante de ellas el fenómeno de la detonación, las motivadas por el agua cuando la cantidad de ésta es considerable revisten grandísima lentitud, originando una serie de reacciones bastante singulares, en las cuales se determinan la formación de ácido acético y ácido fórmico, desprendiéndose al propio tiempo anhídrido carbónico y quedando por residuo de tan honda metamorfosis, un cuerpo siruposo y espeso, cuya composición no está determinada á la hora presente y del cual sólo se sabe ahora que presenta bien marcada reacción ácida. Si la cantidad de agua que actúa sobre el nuevo cuerpo explosivo fuese insuficiente, obra entonces como obran el ácido sulfúrico, la potasa ó el amoníaco y llega á detonar con grandísima fuerza, hecho que puede utilizarse, por ejemplo, para provocar la explosión en barrenos empleando el *ozobenceno*, lo cual evita las mechas, pistones y fulminantes de uso corriente y en ocasiones causa de accidentes sensibles. Aparte de las propiedades mencionadas, la combinación del ozono con la bencina sólo tiene por disolvente, entre los hasta ahora ensayados, el ácido acético cristalizante y en el mayor grado de concentración, sabiéndose además como es insoluble por completo en el alcohol y el éter sulfúrico, anhídros, en los éteres del petróleo, en el sulfuro de carbono y en el cloroforno, ó sea en todos los disolventes neutros ordinarios. Debe advertirse como la bencina empleada para fabricar el nuevo explosivo debe proceder del benzoato de calcio; con el hidrocarburo cristalizante del comercio es imposible conseguirlo; en este caso fórmase una masa oscura gomosa, que no tiene propiedades explosivas, generándose, además, los ácidos acético y fórmico y ha de citarse un hecho bien curioso de esta reacción: si pasadas algunas horas de tratamiento de la bencina comercial, detiéndose la corriente de ozono, y recogida la masa oscura formada, se lava con sosa cáustica y se destila y rectifica luego, obtiéndose un producto perfectamente adecuado para ser convertido en *ozobenceno* detonante. Tales y tan curiosas son las propiedades de un cuerpo explosivo no formado nitrando substancias orgánicas ricas en carbono, llamado, en lo porvenir, quizá á sustituir con ventaja á los explosivos de uso más frecuente, cuando vayan aminorándose los peligros de su manejo y sean mejor conocidas sus propiedades.

JOSÉ RODRÍGUEZ MORELO

CRÓNICA PARIENSE

LA MISERIA

Los desheredados de la fortuna tiemblan de espanto antes de temblar de frío, al ver caer las hojas muertas, acortarse los días y aproximarse el invierno con su cortejo de rigores y miserias. Ya empezamos á ver manos callosas, que faltas de trabajo imploran la caridad en la sombra de las puertas, y á oír murmurar, á nuestro paso por las callejas oscuras, lamentables historias de horrores y desdichas. Ya aumenta el número de



ESTATUA DEL ILUSTRE PATRICIO CORUÑÉS D. DANIEL CARVALLO, que corona el monumento erigido á su memoria en la Coruña, obra de Agustín Querol

químico sobre toda ponderación inestable y capaz de ser destruído mediante acciones mecánicas pequeñísimas, y así detona con el frotamiento más ligero y la explosión es violentísima, bastante á romper cuantos obstáculos se opongan á la salida de los gases de ella resultantes, moviendo y echando lejos enormes masas, en cuya propiedad reside el fundamento de las aplicaciones de un explosivo, cuya utilidad salta á la vista, si se logra hacer más fácil y menos peligroso su manejo: dícese, respecto de la facilidad suma con la cual se provoca la explosión del cuerpo objeto del presente artículo, que basta muchas veces destapar sólo un tubo que lo contenga para que detone con fuerza enorme, descomponiéndose en tiempo inapreciable, tan rápida y violenta es la ruptura del equilibrio químico constituído cuando se unen y combinan, con extraordinaria lentitud, el ozono y la bencina, dos substancias representantes de energías acumuladas como de reserva en moléculas producidas al condensarse un cuerpo, por medio de la electricidad en el primer caso y valiéndose del calor en el segundo. Otros medios de hacer detonar el *ozobenceno* se han

te de ozono, y recogida la masa oscura formada, se lava con sosa cáustica y se destila y rectifica luego, obtiéndose un producto perfectamente adecuado para ser convertido en *ozobenceno* detonante. Tales y tan curiosas son las propiedades de un cuerpo explosivo no formado nitrando substancias orgánicas ricas en carbono, llamado, en lo porvenir, quizá á sustituir con ventaja á los explosivos de uso más frecuente, cuando vayan aminorándose los peligros de su manejo y sean mejor conocidas sus propiedades.

JOSÉ RODRÍGUEZ MORELO

CRÓNICA PARIENSE

LA MISERIA

Los desheredados de la fortuna tiemblan de espanto antes de temblar de frío, al ver caer las hojas muertas, acortarse los días y aproximarse el invierno con su cortejo de rigores y miserias. Ya empezamos á ver manos callosas, que faltas de trabajo imploran la caridad en la sombra de las puertas, y á oír murmurar, á nuestro paso por las callejas oscuras, lamentables historias de horrores y desdichas. Ya aumenta el número de



LA MISERIA EN PARÍS. — LA SOPA DE LAS «MAIRIES»

grises retorcidos, el capitán mira entrar á los hombres, á quienes un vigilante, apostado á la entrada, indica el sitio en que se hallan los lavabos.

Estos consisten en baldes verdes, como los que emplean los marinos para lavar la cubierta de los buques. La hornilla de la coladuría calienta un depósito de agua. El vigilante da á cada refugiado un balde de agua tibia; le hace meter las manos en otro balde lleno de jabón líquido y le obliga á lavarse la cara, los brazos y los pies.

— Los que dejen bichos ó porquería en las sábanas, se quedarán sin cama la noche próxima — dice el capitán en voz alta para que todos le oigan.

Durante la *toilette* de los que me han precedido, leo en un cuadro una lista de empleos vacantes, copiada diariamente de los periódicos oficiales de avisos. La lista no es muy larga, y los hombres la miran con marcada indiferencia; lo cual me hace sospechar que allí abundan los vagos incorregibles, refractarios á todo trabajo. Pero hay también muchos desalentados, que después de llamar inútilmente á todas las casas anunciadoras de empleos, han perdido la fe en las promesas de estos anuncios.

Terminado el lavatorio, el vigilante nos envía á una gran sala que da al patio y en donde hay bancos de madera, un armario lleno de libros, una gran mesa para escribir y un estrado con un pupitre y un registro encima.

Los hombres se dejan caer en los bancos. Algunos saludan con una inclinación de cabeza al ver entrar al capitán.

Este sube al estrado y dice: «Amigos míos, vamos á daros pan; pero antes es preciso que cada cual declare su nombre y su profesión.»

Los hombres desfilan, uno tras otro, delante del administrador.

Llega mi turno, me acerco, y el capitán me pregunta en voz baja, lo mismo que á los demás:

— ¿Cómo se llama usted?

— Hipólito Durán, contesto con una turbación que mi interlocutor atribuye sin duda á encogimiento de primerizo.

— ¿Qué profesión?

— Empleado de comercio.

— ¿Su último domicilio?

— El Havre.

— Es la primera vez que viene usted aquí, ¿no es cierto?

— He llegado á París esta mañana en busca de una colocación, y he perdido ó me han robado la cartera al bajar del tren. No sabía dónde pasar la noche; un agente de orden público me ha indicado este asilo.

los pobres de blusa y de levita que llaman á la puerta de la Hospitalidad Nocturna en demanda de un asilo.

El pasado invierno excedió de ochenta mil el número de recogidos en los tres refugios de esta benéfica institución; inmenso ejército de miserables sin pan y sin hogar, expuestos á todas las tentaciones del hambre y de la desesperación. ¡Cuántos suicidios, cuántos crímenes evitados por esas noches de asilo y de socorro!

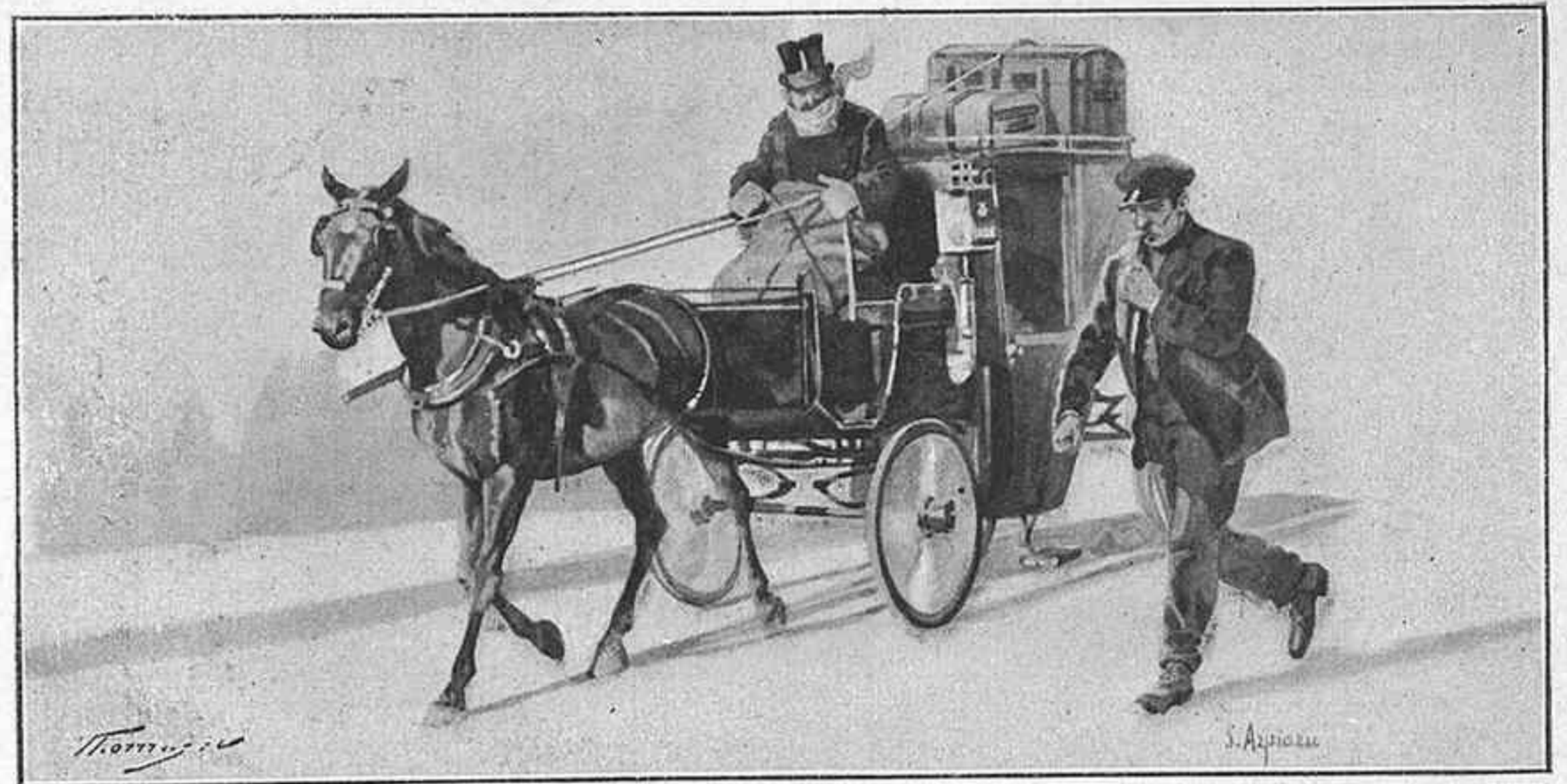
La Hospitalidad Nocturna no se limita á ofrecer pan y lecho á sus pobres clientes; también les distribuye ropa interior y de abrigo, y proporciona trabajo á los que lo desean. Mas no siempre hay empleo para todos en las administraciones y en las industrias, y las huelgas involuntarias traen entonces tristes consecuencias.

Observador por carácter y por exigencias profesionales, he querido ver de cerca las miserias de París, hasta confundirme á veces con los que viven condenados á ellas.

Una noche fría y lluviosa de invierno presentéme cerca de las ocho á la puerta de un refugio, administrado por un capitán de ejército. Ni mi gabán, en buen estado, ni mi sombrero de copa fueron motivo de extrañeza. Siempre se ven levitas mezcladas con blusas y harapos en estos asilos, que en un solo año han dado albergue á tres mil empleados de comercio, ciento ochenta mil artistas, entre cómicos, cantantes y acróbatas, un centenar de profesores, ocho literatos, diez periodistas, veintidós arquitectos y doscientos ocho pasantes de notario.

Los hombres no hacían cola, como á la puerta de los restaurants y de las alcaldías donde se distribuye sopa mañana y tarde; entraban á medida que llegaban; unos sin detenerse, otros después de vacilar un momento, casi todos resignados y mudos.

La casa tiene el aspecto de una granja. Tres cuerpos de edificio rodean un pequeño patio. A la izquierda se encuentra en primer término la habitación del administrador. De pie, en el dintel de la puerta, vestido de levita, con la cinta roja de la Legión de Honor en el ojal, el kepis de galones de oro metido hasta las cejas y sus largos bigotes



LA MISERIA EN PARÍS. — DETRÁS DEL FRANCO

Enseño al capitán una de las tarjetas azules que la Institución distribuye á los guardias, para que las entreguen á las personas faltas de domicilio que se dirijan á ellos en busca de albergue.

— ¿Lleva usted cédula?

— Con mi cartera lo he perdido todo.

— En este caso, no puede usted pasar aquí más que una noche. Si quiere usted escribir á su familia, en aquella mesa tiene usted pluma y papel. La Institución se encarga del franqueo de las cartas. Aquí tiene usted su número.

Esto diciendo, me entregó una planchuela en que se leía: *Sala San Juan, número 46.*

Procedese luego á la distribución de media libra de pan y agua. Algunos hombres empiezan á conversar. El capitán se levanta é impone silencio. Los habladores se callan.

— Vamos á ver, dice luego el administrador: ¿quién va á leer un rato?

Un hombre que charlaba antes en voz alta, hace ademán de levantarse.

— Sí, usted, le dice el capitán; veremos si es tan bueno para la lectura como para la conversación.

Todo el mundo se ríe.

— Al que quiera leer para sí, se le dará un libro, añade el capitán.

Nadie reclama, y el hombre designado empieza á leer un libro de economía social, mientras el auditorio come la ración de pan, escuchando con marcada incredulidad los milagros del ahorro.

A las nueve se toca á oración.

— Amigos míos, dice el capitán; los que no quieran orar con nosotros, pueden retirarse á los dormitorios; pero ruego á los que se queden, que respeten la fe de los demás, permaneciendo de pie durante la oración.

Todo el mundo se levanta, sin que nadie se retire. Después de decir en voz alta el Padre nuestro y el Ave María, el capitán lee el Reglamento:

«Artículo primero. — La Hospitalidad Nocturna ofrece abrigo gratuito y temporal por la noche á las personas sin asilo, cualquiera que sea su edad, su nacionalidad ó su religión, y alivia en lo posible sus necesidades más urgentes, con la condición de que observen las disposiciones prescritas en el presente reglamento, principalmente las que afectan á la moralidad, al orden y á la higiene.

»Artículo sexto. — Las personas admitidas no pueden dormir en el establecimiento más de tres noches seguidas, sin una autorización especial de uno de los individuos del consejo.

»Artículo trece. — Al llegar, cada asilado ha de someterse á las medidas de limpieza puestas en práctica en el establecimiento.

»Antes de partir, cada uno deberá arreglar su cama, barrer su puesto y lavarse.

»El que deje la cama sucia, será privado de ella.»

Toda la noche se quema azufre en un cuarto de desinfección para las ropas *contaminadas*. La casa presta largas y gruesas camisas de dormir.

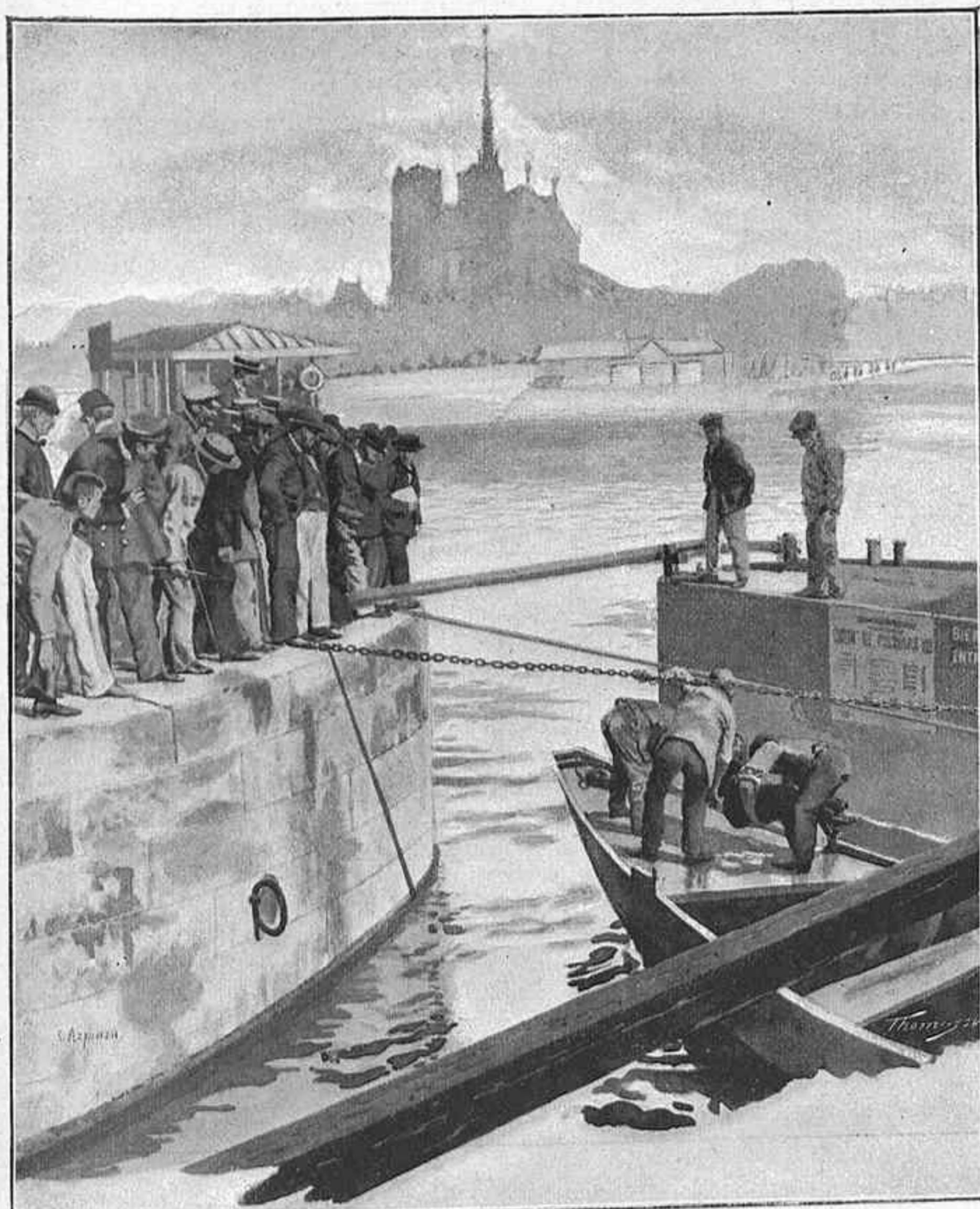
En el momento en que el capitán se retira, se le acerca un hombre á pedirle otro pedazo de pan.

— ¿No ha comido usted nada hoy?

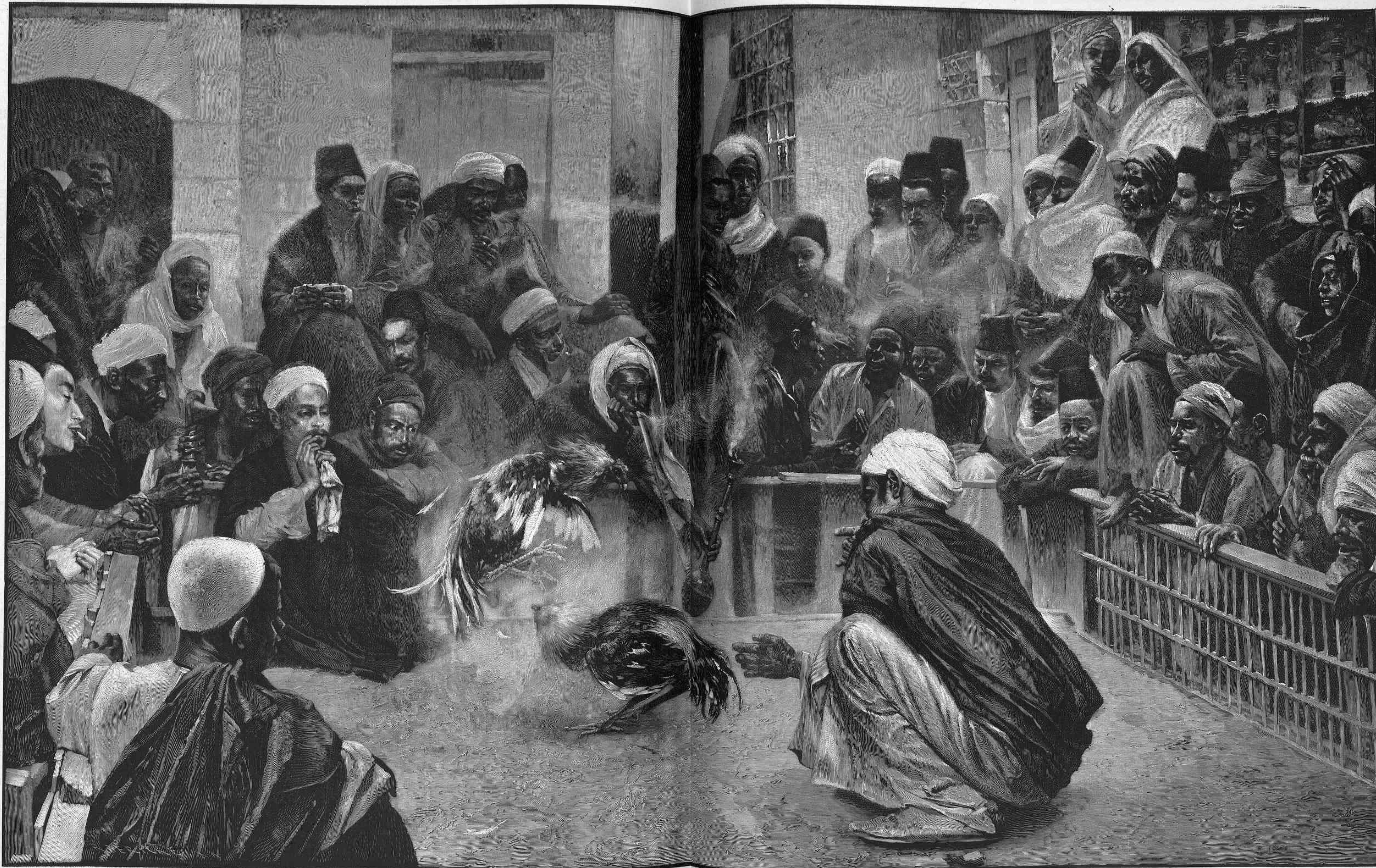
— Nada, mi capitán.

El hambriento recibe otra ración y todos nos retiramos á los dormitorios, situados en el primer piso. Parecen salas de cuartel, alumbradas por mecheros de gas.

Siento entonces vivos deseos de ir á confesar la verdad al capitán para que me deje salir á la calle; pero la curiosidad puede en mí más que la repugnancia. Me acuesto vestido y me pongo á observar. Mi vecino de la derecha es un hombre de unos treinta años, harapos, pero robusto, de barba hirsuta. Procuo trabar conversación con él y me contesta con monosílabos. No sé si su mutismo es efecto de recelo ó de tristeza. Mi vecino de la izquierda tiene la lengua más expedita. Es cómico de la legua que ha buscado contrata



LA MISERIA EN PARÍS. — UN SUICIDIO EN EL SENA



UNA RIÑA DE GALLOS EN ORIENTE, CUADRO DE F. EISENHUT

en todos los teatros de París y sus suburbios, sin resultado. Es tan hablador, que el vigilante se ve obligado á venir á imponerle silencio.

Dan las diez. Las conversaciones cesan poco á poco. Todo el mundo sucumbe á la fatiga y se duerme. Tal vez soy yo el único que vela en el dormitorio.

Al contemplar las hileras de camas, sobre las cuales una débil luz alumbra siniestramente aquellos rostros desencajados por el sufrimiento y la miseria, siento algo parecido al miedo. Se apodera de mí una pesadilla que no desaparece hasta que el sol disipa las tinieblas. Nunca me ha parecido tan hermosa la luz del día como aquella mañana.

En otra ocasión visité un asilo de mujeres y de niños, y el espectáculo que se ofreció á mi vista fué más triste que el presenciado en la Hospitalidad Nocturna. Se halla instalado en un barrio extremo de París, en lo alto de la calle Saint-Jacques.

Llego, acompañado de un consejero municipal, á la caída de la tarde. Visitamos los dormitorios que las mujeres van á ocupar dentro de un par de horas. Nos recibe el director, otro militar retirado, de aire marcial y respetable figura. Su esposa es la que interroga y atiende al centenar de mujeres que acuden allí todas las noches en demanda de asilo, y á primera vista distingue á las que por sus condiciones excepcionalmente interesantes requieren especiales cuidados.

El reglamento de la Sociedad no permite dar asilo á una misma persona más de tres ó cinco noches consecutivas, según los casos; pero hay en el establecimiento diez y ocho camas costeadas por varias señoras caritativas y para cuya ocupación no hay límite. Regularmente se destinan á jóvenes encintas, expulsadas de casas de sus amos ó del seno de su familia en el último mes del embarazo.

Atravesamos un jardín, donde cosían en torno de una mesa ocho ó diez de esas infelices, y penetramos en un pabellón destinado á las sospechosas, admitidas por una sola noche, á dormir en catres sin sábanas.

—Aquí pasó una noche la madre de un célebre abogado— refiere la directora; —iba tan sucia, que tuvimos que limpiarla con lejía y piedra tosca. También se presentó no ha mucho tiempo, ocultando su nombre, una joven que resultó ser la hija de un general, que había huído de su casa después de una acalorada discusión con su padre.

Nos enseñan luego un cuartito que ha sido teatro de numerosas escenas patéticas. La última mujer que lo había ocupado era una señora distinguida y elegante que llamó á la puerta á las diez de la noche, después de haber estado á punto de suicidarse. Huérfana, estaba casada, hacía solamente medio año, con un hombre que después de haberse emborrachado, acababa de maltratarla en presencia de varios amigos suyos.

—Llevo dinero— dijo á la directora; —pero no he querido ir á dormir á la fonda, porque tengo en mucha estima mi reputación. Mañana mi pobre marido habrá recobrado la razón; le mandaré aviso y quiero que me encuentre aquí.

Al día siguiente acudió el hombre arrepentido, y pidió de rodillas, en presencia de los directores del establecimiento, un perdón que no tardó en otorgarle su cara esposa.

Visitamos los dormitorios, donde hay unas sesenta cunas y doble número de camas, con las sábanas muy blancas y muy limpias. Al despertar, las asiladas encuentran alguna ropa de abrigo para sí y para sus tiernos hijos al pie de la cama, y se les sirve sopa y leche al levantarse.

Ya es de noche. Atravesamos las salas de limpieza y desinfección, provistas de hornillas y bañeras, y entramos en el despacho del director para asistir á la llegada de las mujeres.

Preséntanse unas tras otra. Su nombre, profesión, edad, último domicilio y documentación quedan anotados en el registro de entrada.

Por el traje y por el tipo, el director adivina casi siempre su calidad y procedencia antes de que hablen, y cuatro palabras le bastan para comprender la serie de desdichas, el drama de dolor y de miseria que conduce á cada una de aquellas infelices á la puerta del asilo.

Después de asistir á la distribución de pan y sopa, oímos la lectura de los principales artículos del Reglamento y una plática con que la directora infunde ánimo, resignación y esperanza en su desdichado auditorio.

Salimos á la calle, y en todas partes nos parece ver individuos destinados á quedarse aquella noche sin cena y sin albergue.

El infeliz que desde la remota estación viene corriendo detrás de un coche cargado de maletas, con la esperanza de que el viajero le dará á ganar un franco por subir el equipaje á su habitación, caerá tal vez extenuado de fatiga y de hambre antes de que el coche llegue á su destino.

La modistilla que sin trabajo ni recursos, se ve acechada á cada paso por la deshonra, prostituirá su cuerpo si sucumbe su alma, ó se echará al Sena si por horror á la prostitución se refugia en brazos de la muerte.

Sólo la caridad puede salvarlos, y la caridad salva en París á muchos miserables cuyos gritos de gratitud deben subir hasta los cielos.

JUAN B. ENSEÑAT

NUESTROS GRABADOS

¡Por la patria!, dibujo de Enrique Estevan. — Murió peleando contra los insurrectos cubanos y su nombre se cubrió de gloria: la patria le cuenta en el número de los héroes que por ella han dado su vida, y su memoria servirá de ejemplo á los que al servicio de la patria ponen su espada. He aquí lo único que puede mitigar el dolor de la infeliz que le vió partir sereno, tranquilo, dispuesto á cualquier sacrificio que el cumplimiento del deber le exigiera, y que no tiene ni siquiera el consuelo de poder llorar sobre la tumba del esposo amado. Al contemplar el hermoso dibujo de Estevan, esa nota del más vivo sentimiento inspirada en las tristes circunstancias por que España está atravesando, contrástase el ánimo pensando en los horrores de la lucha que sostenemos. ¡Cuántas vidas segadas en flor! ¡Cuántas familias sumidas en llanto! ¡Cuántos seres desamparados! Maldigamos la guerra que tantas lágrimas nos cuesta y rindamos verdadero culto al recuerdo de los que en ella murieron defendiendo á su patria.

El acorazado «Princesa de Asturias.»—Para el día 8 de octubre último estaba fijada la botadura de este acorazado: las autoridades y numeroso público acudieron á presenciársela; dada la señal, empezó á moverse el casco, pero á los po-

cos momentos se detuvo, siendo inútiles todos los esfuerzos que se hicieron para que continuara avanzando. Repitióse la tentativa al día siguiente y el buque adelantó otros diez y siete metros y medio, pero de nuevo se paró, quedando la tercera parte de él en el agua y el resto en la grada. En esta posición violenta permaneció ocho días, cuando en la mañana del 17, mientras se estudiaban los medios de asegurar el éxito de un nuevo intento y se hacían los preparativos que para ello se creían necesarios, el *Princesa de Asturias*, movido por una marea más fuerte de lo que se esperaba, deslizóse por sí solo y cayó con fuerza en el mar. El nuevo acorazado es un hermoso barco de casco de acero, de 106 metros de eslora, 18'55 de manga y 8'50 de puntal y desplaza 7.000 toneladas.

**

El eminente astrónomo francés Francisco F. Tisserand. — A la edad de cincuenta y dos años ha fallecido en París el día 20 de octubre último M. Tisserand, director del Observatorio de aquella capital y miembro del Instituto. Nació en Puits (Cote-d'Or) y á los diez y ocho años entró en la Escuela normal: á los veintitrés era doctor en ciencias. Dirigió el Observatorio de Tolosa, fué profesor de astronomía en la facultad de Ciencias de París y en 1892 sucedió al almirante Mouchez en la dirección del Observatorio parisiense. Los hechos más salientes de la carrera de este sabio, tan ilustre como modesto, son dos viajes al Japón y á Santo Domingo para observar el paso de Venus por el sol en 1874 y 1882, y sobre todo la terminación en 1880 de las *Tablas de la luna* de Delaunay.



El célebre astrónomo francés FRANCISCO F. TISSERAND, recientemente fallecido en París

Entre los trabajos más notables que la ciencia le debe merecencitarse sus Memorias sobre las estrellas fugaces y sobre la interpolación y un importante *Tratado de mecánica celeste*.

**

Las elecciones presidenciales en los Estados Unidos. — Pocas elecciones para la presidencia de la gran república americana han despertado en España el interés que la que ha comenzado ya con la elección previa de compromisarios. La influencia que el resultado de la misma pueda ejercer en la marcha de la guerra de Cuba justifica esta expectación. Dos candidatos se disputan el poder, Mac Kinley y Bryan, apoyados respectivamente por los partidos republicano y democrático; pero á juzgar por la filiación de los compromisarios elegidos el día 3 del corriente, la lucha parece ya decidida á favor del primero, por más que tratándose de los Estados Unidos cabe aún esperar algunas sorpresas. La lámina que publicamos permite formarse idea de la animación que en tales elecciones reina y de algunos tipos que con motivo de éstas surgen del montón anónimo.

**

Estatua de D. Daniel Carvallo, obra de Agustín Querol. — Fué D. Daniel Carvallo un coruñés amantísimo de su patria, por cuya prosperidad y engrandecimiento trabajó cuanto pudo. La Coruña, agradecida á los beneficios que de él recibió en vida, ha honrado su memoria erigiéndole un monumento, cuya inauguración hizose recientemente con gran solemnidad. La estatua del ilustre patriota ha sido modelada por Agustín Querol, el escultor laureado que tantas hermosas obras ha producido y de cuyos méritos nada, hemos de decir hoy porque bien conocidos son de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que tantas veces ha honrado sus páginas publicando las más notables de ellas. El elegante pedestal que sustenta la estatua es del reputado arquitecto señor Mariño.

**

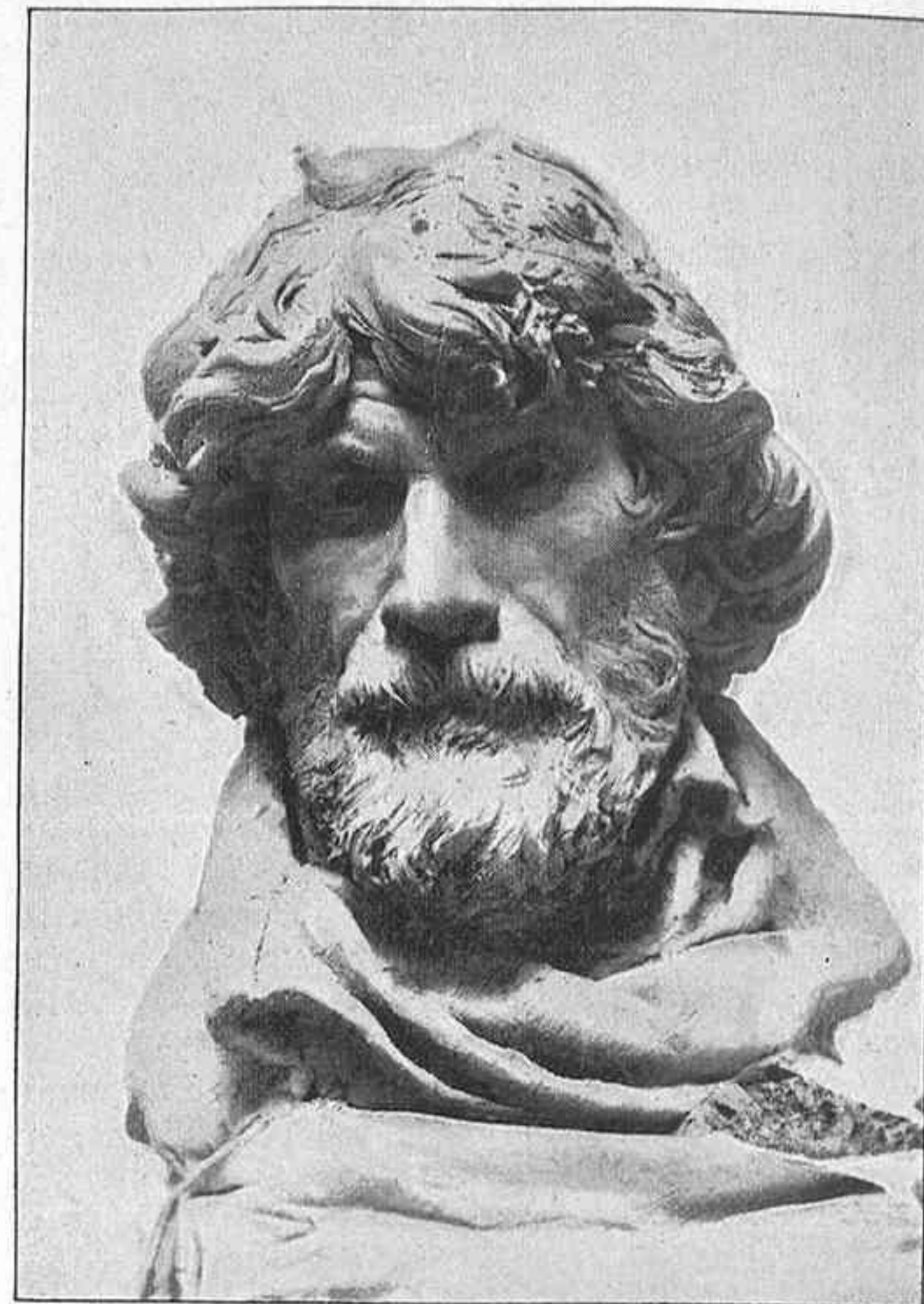
Riña de gallos en Oriente, cuadro de F. Eisenhut. — La hermosa escena de costumbres orientales que en este número reproducimos es una nueva prueba de las excepcionales dotes que para asuntos de Oriente posee el notable pintor alemán F. Eisenhut, algunos de cuyos lienzos de este género hemos publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Hay en este cuadro cuantos elementos pueden interesar al aficionado, luz, movimiento, vida, estudio acabado de los tipos y vigorosa expresión en cada una de las figuras que en la composición entran.

**

Estudio, escultura de Francisco Viciano. — Obra del malogrado escultor valenciano Francisco Viciano Martí es el notable estudio que reproducimos en estas páginas, modelado

en Roma, precisamente en el último período de su residencia en la Ciudad Eterna y cuando llevaba ya el artista el germen de la enfermedad que acabó con su existencia.

En esta producción, como en la hermosa estatua de Séneca que dimos á conocer á nuestros lectores á raíz de su falleci-



ESTUDIO, escultura de Francisco Viciano

miento, descúbrense las cualidades que su autor atesoraba, su potente concepción y su admirable genialidad.

¡Triste destino el que cupo á Viciano! ¡Joven, en la plenitud de sus facultades, henchido de esperanzas, cortóse de pronto su existencia, cuando tan ópimos frutos prometía!

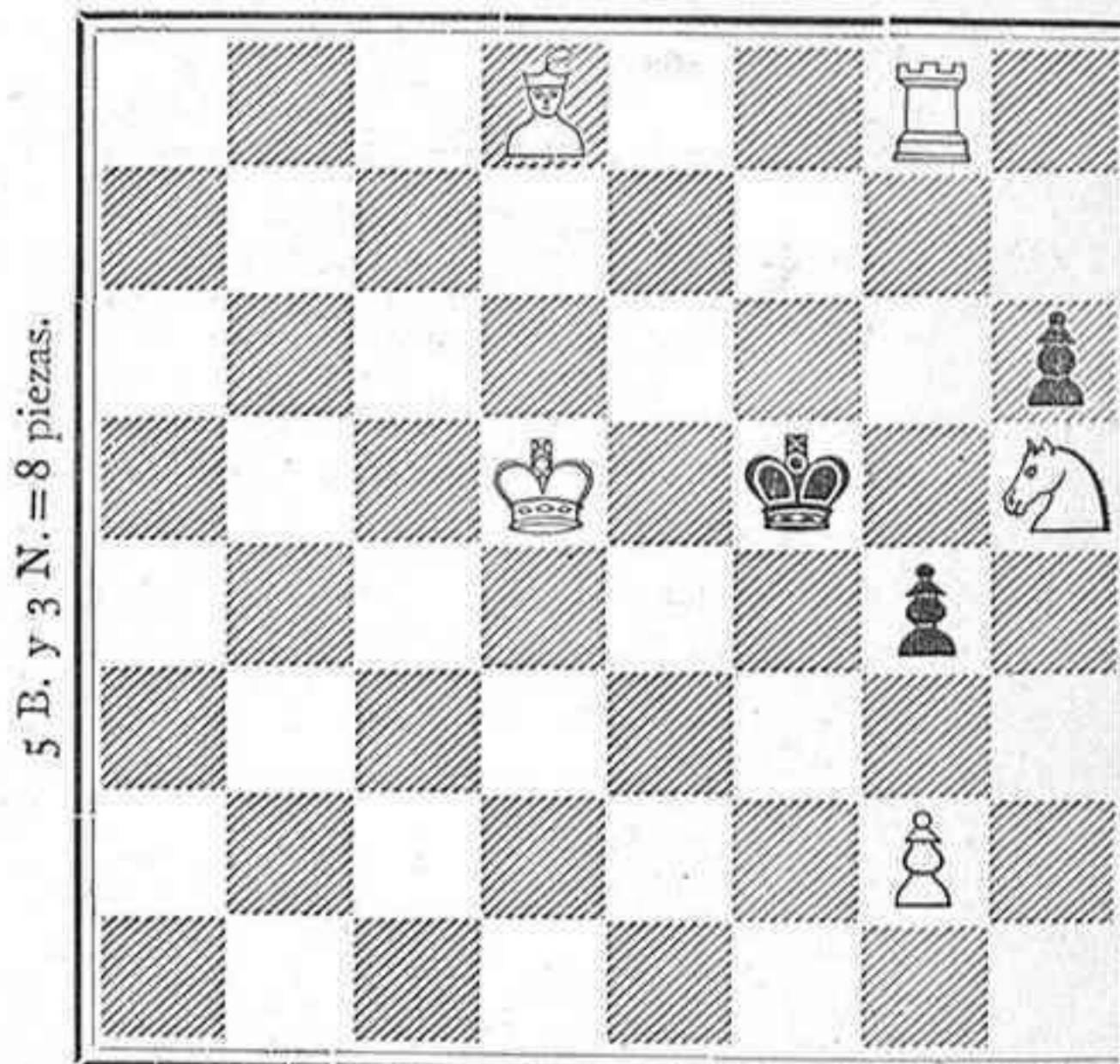
MISCELÁNEA

Bellas Artes. — NUEVA YORK. — Según parece, la estatua colosal de la *Libertad iluminando al mundo*, obra de Bartholdi, que Francia regaló á los Estados Unidos y que se alza á la entrada del puerto de Nueva York, está sumamente deteriorada. Expuesta á la intemperie, la acción de los vientos y de la humedad ha hecho que el bronce se cubriera de una espesa capa de óxido que la desfigura por completo. Además los grandes clavos que sostenían el cráneo de la estatua han sido arrancados por la fuerza de los huracanes y la frente de aquélla presenta por lo mismo cuatro profundos agujeros.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 44, POR VALENTÍN MARÍN

NEGRAS



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 43, POR P. RIERA

- Blancas. 1. C5 D
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. T, A ó C mate.

Curación segura con el empleo de la **QUINA ANTIDIABÉTICA ROCHER** á base de Glicerina redestilada y químicamente pura; reconstituyente en la **Tisis, la Anemia, las Fiebres,** las consecuencias de partos. *Precaverse de las falsificaciones. El producto auténtico lleva sobre la cubierta* **QUINET**, Farmacéutico, 1, Rue Michel-le-Comte, París. Depósito en Madrid: Ortiz y Callabets, Calle Preciados, 52.

UN APÓSTOL

NOVELA ORIGINAL DE GUSTAVO TOUDOUZE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Balanec se frotaba las manos, exclamando:

— ¡Eh, eh, los bretones!

Morvan, entusiasmado con su historia, proseguía el relato.

— Desgraciadamente para ellos, esperábalos otra desventura, un nuevo percance. Las aguas comenzaban a bajar, y las embarcaciones, demasiado cargadas, encallaron. En el mismo instante hacíanse las debidas señales para avisar a la reserva de lo que ocurría; el conde de Cervon, mariscal de campo; la Vaisse, brigadier de infantería, y du Plessis, brigadier del regimiento de caballería de este nombre, acudieron al punto con un escuadrón; y atacando al enemigo en la playa, hicieron una espantosa carnicería en aquella gente aglomerada en las chalupas sin poder defenderse. Forzoso fué que el enemigo se rindiese, pidiendo cuartel; mientras que las barcas que no habían desembarcado aún sus tropas se alejaban a toda prisa, bajo la débil protección del fuego de sus buques, inferior al de nuestras baterías, que no cesaba un momento.

— He aquí por qué, dijo Balanec por vía de explicación, nuestros campesinos y pescadores llamaron a ese punto de la costa, a esas rocas agudas que veis junto a Trez Rouz, ¡Muerte a los ingleses! ¡Allí estaban las baterías!..

— ¡*Maro ar Saozon!*, murmuró Tremor, haciendo la señal de la cruz. Las tumbas de aquellos herejes se hallan allá arriba, diseminadas por los campos, tanto que en ciertas épocas se ven sus sombras vagando por la playa.

— Si es su tesoro lo que buscan, murmuró Marhadour, todos sabemos aquí que no le encontrarán, y que está bien seguro en Kerloc'h en casa de Alan Coz. ¿No es verdad, Kervarec?

— ¡Vamos, vamos!, deja al viejo Kerloc'h tranquilo para que sepamos el fin de la historia, que según creo no ha concluido aún. Con frecuencia me hablaban de un barco echado a pique y de la capilla destruida por una bala, como puede verse todavía.

Sylvestrik mostraba el campanario decapitado.

Morvan continuó:

— Por lo que hace al campanario, eso se pretende; pero el libro que me leyeron no dice nada sobre el asunto. Tan sólo refiere que el *Teeseff*, navío holandés de treinta cañones, que se había acercado a Correjou sin conocer los fondos, tocó en nuestras rocas y llegó a tener en la cala hasta doce pies de agua, lo cual es una bonita cantidad... No tan sólo perdió su tripulación, excepto ocho hombres, sino que también media compañía inglesa embarcada a bordo, de la cual no escaparon más que un teniente, un tambor y un soldado.

— Yo creí que se trataba de un barco menor echado a pique por una bala, dijo Balanec; no puede ser el mismo.

— Tiene usted razón, repuso Morvan, ahora lo recuerdo; era una lancha cargada de soldados, que una bomba lanzada desde el Gran Gouin sepultó en las aguas, entre aquella punta y la de los Capuchinos. Yo creo que otro barco sufrió la misma suerte. Por lo demás, asegúrese que el mismo *Monk*, desaparejado, sin vergas ni velas, salió del paso a duras penas, tanto que fué necesario remolcarlo; los otros buques, llenos de averías, no se reunieron sin dificultad con la escuadra.

— ¡Una verdadera matanza! De este modo, la rada de Camaret hubiera sido, como si dijéramos, la tumba de los ingleses, dijo Lagadec, un poco impresionado.

— Se contaron ochocientos hombres de las tropas de desembarco muertos ó heridos; cuatrocientos sucumbieron en los buques, y se hicieron trescientos sesenta y seis prisioneros, entre ellos diez y seis oficiales. Por nuestra parte no hubo más que cuarenta y cinco heridos, tres de ellos oficiales, incluso el ingeniero Traverse, á quien una bala arrancó el brazo. El hecho tuvo tanta resonancia en aquella época, que se acuñó una medalla para celebrarle.

— Ya ves, Marhadour, dijo Balanec entusiasmado, que es preciso conservar nuestro fortín y enorgullecernos de él.

— ¡Todo se le debe!, apoyó Kervarec.

— En resumen, terminó Morvan, el teniente general Talmash, que en su furor quería renovar el ataque al día siguiente, bombardeando Camaret para forzar la entrada del puerto, debió retirarse ante el pa-

recer contrario del consejo de guerra. La flota, zarandeada por los vientos del Sudsudeste, se alejó en tal desorden, que no pudo entrar en Portsmouth hasta fin de mes, y allí murió Talmash á consecuencia de sus heridas, desesperado y diciendo que había sido víctima de una traición.

nifestar, sentíase más atraído hacia él, más deseoso de dispensarle consideraciones á que no estaba acostumbrado.

Hacía ya algún tiempo que se le acercaba en todas las ocasiones, recordando al parecer mejor todas aquellas cosas que la llegada de Dionisio Le Marrec



Era un acorazado de último modelo

— ¡Pensar que nuestro pequeño Camaret alcanzó aquella gloria!, observó Balanec á manera de conclusión.

Y el contramaestre terminó diciendo:

— Jamás han tratado de volver á rozarse con nosotros.

Kervarec soltó una carcajada que dilató su pecho.

— ¡Ah, exclamó, lo mismo ellos que otros, pueden probarlo para ver, ahora que tenemos más cañones á lo largo de la costa que guijarros en estos parajes del mar, lo cual no es poco decir, sin contar nuestros torpederos y acorazados! ¡Oh, quisiera ver eso para reirme un poco! ¡Ah, ah, ah!.. ¡Mirad, si no, todos vosotros hacia allí un poco, pues ahora llega á punto, como si dijéramos, ese otro!

Por entre la fina y diáfana neblina azulada que parecía suavizar los declives de la costa del León, pasaba en aquel momento una aparición monstruosa.

Un humo negro ascendía por los aires, formando como una enorme cabellera ondulante; el mar se llenaba de espuma, como si las aguas hirviesen, y una larga mole, surgiendo sobre las aguas de una manera singular, pasaba rápidamente, sobrepuesta de mástiles cortos semejantes á torres de hierro, redondeada en el dorso, en forma de animal antediluviano, plesiosauro, ictiosauro ú otro, y penetraba en el boquete de Brest.

Era un acorazado del último modelo, una de esas máquinas inverosímiles de fuego y hierro que flotan ahora en los mares como islotes movibles, con todo el aspecto repugnante de los animales cubiertos de conchas ó escamas, semejantes á fantásticas siluetas de fortalezas feudales, y que sustituyen á esos graciosos barcos de vela que parecen inmensas aves volando ligeramente sobre la superficie del Océano.

Balanec miraba á Morvan con más interés que antes, y poseído de la emoción patriótica y de una nueva simpatía, decía interiormente:

«¡A la verdad que ese Hervé Morvan es un valiente mozo!»

Profundamente impresionado por aquella ciencia, aquel imprevisto saber que el joven acababa de ma-

le había hecho olvidar demasiado; es decir, que Hervé Morvan era un buen marinero; que sus medallas sentaban perfectamente en su traje de fiesta; que era un rudo trabajador, y que prometía ir muy lejos con su oficio de contramaestre en una de las mejores fábricas del país.

En resumen, siendo tan buen mozo y tan valeroso marino como Le Marrec, tenía sobre éste la ventaja de ofrecer la seguridad de su continua permanencia en Camaret, y de no abandonarle durante dos ó tres años, sin que se supiese nunca si regresaría de sus largos viajes.

Y rascándose la cabeza, indeciso, murmuraba:

«Yo creo que mi Reina podría ser feliz con él. ¡Si fuera Morvan el hombre que ella ama en el secreto de su corazón!»

Y suspiraba, muy impresionado por la alegre y tranquila perspectiva que se desarrollaba ante sus ojos, muy diferente de la que un momento evocó respecto á Le Marrec.

Y era que, desde el escándalo ocurrido en la procesión de la Cruz y lo que siguió después, Balanec había visto todos sus proyectos y esperanzas tan súbitamente trastornados, que durante algún tiempo no supo qué partido tomar.

Avergonzado de haber incurrido en tal error, de haber dado semejante paso en falso, lanzando á su hija, por decirlo así, á los brazos de Dionisio, mantúvose después en la mayor reserva, sin poner ya los pies en el curato, y evitando encontrarse cara á cara con el padre Kerbiriou.

Este último, por lo demás, estaba sumido en tal desconsuelo, que no podía fijarse en aquella abstención de Balanec.

La noche misma de la famosa ceremonia, después de conducir, sin ocultación, á Genoveva Goalen á casa de su padre, Dionisio Le Marrec se sintió enfermo súbitamente al entrar en el presbiterio; y en cuanto se había podido saber, el mal se agravaba de día en día.

Hacia la misma época, Balanec se encontraba más á menudo con Morvan, bien porque éste acechase las

ocasiones de hallarse á su paso, ó ya porque la casualidad se obstinase en ponerlos uno frente á otro; y sin que el pescadero lo echase de ver, poco á poco el joven ocupó todos sus pensamientos.

Y tanto era así, que ahora Balanec hacía votos para que Dionisio Le Marrec hubiera tenido realmente razón al asegurar que Reina y él se amaban tan sólo como hermanos, como compañeros, y para que su hija no hubiera contraído compromiso alguno con aquel que osó rechazarla públicamente en cierto modo, por su conducta con la hija del Hechicero.

«Es posible, se dijo Balanec, que Reina no ame á Dionisio, puesto que él lo declaró así, sin que ella protestase; lo cierto es que su humor no ha cambiado, y que si está un poco más triste es quizás tan sólo á causa de esa enfermedad de Le Marrec... ¡Pero á saber si estará dispuesta á amar á Hervé Morvan!..»

Y el temor de otra inconveniencia, de un desengaño, acaso más cruel que el primero, le había cerrado hasta entonces la boca.

Hubiera querido interrogar á Morvan hábilmente, hacerle hablar, sin que él lo sospechase, del asunto que tanto le interesaba; pero no se atrevía, recordando, no obstante, con cierta esperanza, que en otro tiempo, antes de la llegada de la *Cruz del Sud*, parecía atraído por los hermosos ojos de Reina. Tal vez el incidente de la Cruz de la Misión, habría reavivado su afición á la joven.

En aquel instante le acosaban otra vez todos sus pensamientos; y con doble intención dijo:

— No es probable que en Camaret se vuelvan á ver semejantes cosas; ahora no sucede ya nada.

— Sí, replicó Kervarec, fuera de alguno que otro naufragio en los temporales de invierno, tenemos bastante calma.

Marhadour, aficionado á la discusión, refunfuñaba:

— ¡No se necesita el naufragio para que siempre muera algún hombre! Ya visteis al pobre Le Bellec, que cayó muerto de repente en medio del cementerio al día siguiente de haberse puesto la cruz. Podríamos decir que eso fué un acontecimiento...

Balanec, satisfecho de ver que la conversación giraba sobre aquel asunto, añadió:

— También se recordará aquella Cruz de la Misión. ¡Qué cosas sucedieron aquel día!

Todos se miraron un poco sorprendidos de que Balanec abordase aquel asunto, pues no se olvidaba que su hija tuvo algo que ver en él.

El pescadero aparentó no haber observado nada, y volviéndose hacia Morvan, añadió:

— Dicen que Dionisio Le Marrec no se ha restablecido aún.

— ¡Oh, diablo!, contestó el contraamaestre con un acento de tristeza que revelaba su dolor, pobre amigo mío, me han dicho que está muy malo. Ha tenido un ataque de esas malignas fiebres del Senegal, que le han abordado ahora traidoramente á consecuencia de la grave contrariedad que sufrió...

— ¡Fiebres..., fiebres!.., exclamó Lagadec á media voz. Yo creo que su peor enfermedad es esa Faik del cabo de la Cabra.

Morvan protestó:

— Faik es una buena joven, franca y fiel, que le ama como él á ella. ¡Ah! El que ama es capaz de todo, hasta de morir de pesar si no obtiene la mujer que desea...

No terminó, comprendiendo que sobre él se fijaban los ojos investigadores de Balanec, el cual murmuraba:

— ¡Cómo la defiende!.. ¡Cómo ha dicho eso!.. ¿Será que?..

Bajo la insistencia de sus miradas, Morvan se ruborizó ligeramente, sin atreverse á continuar; pero sosteniendo con sus claras pupilas las miradas que parecían interrogarle; mientras que una ligera inclinación de su cabeza parecía confesar:

«Sí, ama á Faik Goalen como yo amo á Reina Balanec.»

Tremor vino en ayuda de Lagadec, diciendo en alta voz:

— Todo eso no es más que algún sortilegio del hombre del cabo de la Cabra, pues tan poco natural es un buen mozo, fuerte y robusto como Dionisio Le Marrec, quiera por esposa á la hija de un hechicero, como ver morir sin causa ni razón á un hombre de tan buena salud como ese Le Bellec, que debía enterrarnos á todos y que ha perecido sin que nadie sepa cómo...

— ¡Oh, oh! Esas palabras son muy graves, Tremor, replicó Kervarec. Le Bellec ha muerto porque era llegada su última hora, y á esto se reduce todo.

— ¿Crees tú eso, Sylvestrik?, preguntó Lagadec. Tú debes recordar el hecho. Allí había tan sólo dos hombres que retiraban los paños fijos aún en la cruz, al día siguiente de la ceremonia. Conan, echado sobre el brazo de la cruz, departía con Le Bellec, que

estaba tranquilamente sentado sobre una tumba, y que, inquieto de pronto por un falso movimiento de su compañero, le dice: «¡Cuidado con caer, pues quedarías muerto en el sitio!» Y como Conan le tranquilizase, Le Bellec añadió: «¡Bien mirado, si uno de nosotros muriese en este momento, iría derecho al Paraíso!» Apenas acababa de pronunciar estas palabras, vaciló, se apoyó en la tumba, y balbuceando «¿Qué es lo que tengo?», cayó muerto. ¿Te parece que eso está en el orden de las cosas naturales? Pues yo no. ¡Jesús, Dios mío!.., repito que eso es resultado de un sortilegio!..

Estimulado, Tremor volvió á la carga:

— Yo creo, repuso, que hay quien tiene polvo en los oídos, y en los ojos también, pues no quiere comprender lo que las palabras, lo que los *signos* significan... El Hechicero es la causa de todo eso, y si se quiere que Dionisio Le Marrec cure, no es á los médicos á quien debe acudir, como se hace inútilmente quince días ha, sin conseguir otra cosa que empeorar el estado del enfermo, según se asegura...

— ¡Es verdad, dijo Morvan con expresión sombría; esta mañana se hallaba peor que nunca, y cuantos le rodean están desesperados!..

— ¡Que se llame á Nedelek Goalen y está salvado!, exclamó Tremor con expresión triunfante.

En aquel momento oyóse detrás de todos una voz sorda y concentrada que añadió:

— Marhadour, ¿tienes tu calesín desocupado?

Todos se volvieron sorprendidos, pues no habían oído venir á nadie, y Balanec, estupefacto, exclamó:

— ¡El señor rector!

La puertecita de la capilla se había abierto, y en el marco de la ojiva destacábase la sombría silueta del cura de Camaret.

Sin hacer aprecio de los demás, el sacerdote añadió:

— Acércate un poco; deseo hablarte.

Y de manera que solamente pudiera oírle Marhadour, y con cierta confusión por lo que iba á decir, prosiguió:

— Vas á conducirme ahora mismo al cabo de la Cabra.

— ¿Eh?.. ¿Yo... usted... que yo?..

Marhadour, desconcertado, no sabía que hablaba; mas Pedro Kerbirou añadió, con voz ahogada:

— A casa de Nedelek Goalen.

— ¡El... el Hechicero, señor rector... usted no piensa!..

Pero el cura dijo con tono resuelto:

— ¡A la casa del Hechicero!

II

Afligido del más profundo y angustioso dolor había visto el padre Kerbirou á su sobrino alejarse con Genoveva llorosa el día de la ceremonia de la Cruz de la Misión, después del imprevisto escándalo que había promovido.

Había vuelto al presbiterio con el alma y el corazón trastornados, con tal desorden en sus pensamientos, que hubo de prosternarse al pie de un crucifijo para invocar al Señor y suplicarle que le devolviese la calma y la tranquilidad, á fin de poder juzgar serena y friamente lo que había pasado.

— Cuando Mariana le vió volver en semejante estado, ella, que generalmente se declaraba en favor del joven, con su indulgencia casi maternal, no pudo menos de censurar interiormente á Dionisio, murmurando de mal humor.

— ¡Torpel!.. ¡El medio de que se ha valido era el único para echarlo á perder todo!

— ¿Crearás tú, Mannaik, exclamó el sacerdote, que ha osado marcharse con ella?

La voz de Pedro Kerbirou cuando dió esta noticia á su anciana sirvienta revelaba un verdadero dolor, un profundo pesar, como si el joven le hubiese abandonado para siempre.

Mariana, más serena, repuso con tono conciliador:

— Sin duda ha obrado así por compasión, pues no podía abandonar ni dejar á la joven desamparada; bien vi yo que la pobre estaba muy débil... La caridad cristiana le imponía ese deber...

— ¡Ah, es una cruz bien pesada é imprevista!.. ¡Yo que le amaba tanto, yo que formaba para él los proyectos más brillantes!.. ¡Mal me lo recompensa!

Si se hubiese atrevido á ello, Mariana habría contestado lo que sus labios retenían con dificultad, la frase que todo lo explica:

— ¡La ama!

Mas prefirió esperar, contando con que todo aquello acabaría por arreglarse, ahora que el mal estaba hecho, y que la cosa era ya pública.

Dionisio Le Marrec entró en el presbiterio á una hora bastante avanzada de la noche, y Mariana le salió al encuentro para tratar de inducirle á que fue-

ra á ver inmediatamente á su tío; pero hallábase en tal estado de exaltación, que la anciana tuvo miedo, limitándose á preguntarle si quería algo, si había cenado.

— ¡No quiero nada!, contestó Dionisio. ¡Que me dejen en paz!..

Mariana se atrevió á decir:

— ¿Eres tú, hijo mío, quien me habla así?

— ¡Basta, basta!, replicó Le Marrec furioso, acercándose los puños á la cara enrojecida, como si fuese presa de un acceso de verdadero delirio. ¡Que no me atormenten más, pues hartito estoy sufriendo ya!

Mariana se alejó angustiada, haciendo la doble señal de la cruz en el pecho y en el rostro, y murmurando:

— Después de todo, es muy posible que le perjudique tratar á esa gente del cabo de la Cabra, puesto que vuelve tan cambiado. ¡Pobre mozo!..

Pero después, como sobrecogida de temor, añadió:

— ¡Dice que sufre!.. ¡Jesús, protegedle!..

Toda la noche escuchó atenta, en medio de ese profundo y angustioso silencio de las tinieblas, en el que los más leves rumores tienen ecos formidables, en el que la nube confusa de los fantasmas acosa el cerebro y los ojos; y varias veces pareció oír vagos quejidos, llamamientos confusos, toda una serie de cosas alarmantes.

Mariana se levantó al amanecer, aguijoneada por la inquietud, luchando entre el deseo de saber cómo había pasado la noche Dionisio y el temor de ser mal recibida, rechazada por aquel á quien amaba cual hubiera querido á un niño.

Sin embargo, como la hora avanzaba, acercándose el momento en que el sacerdote preguntaría si había regresado su sobrino, atrevióse á llamar al cuarto de éste: dió dos ó tres golpes sin recibir contestación, y entonces decidióse al fin á entrar, abriendo suavemente la puerta.

Con los ojos cerrados, la respiración fatigosa entre sus dientes oprimidos, y el rostro purpúreo, Dionisio Le Marrec parecía dormir profundamente; pero muy pronto salieron de sus labios palabras confusas y precipitadas; mientras que sus brazos se agitaban y movía la cabeza continuamente de un lado á otro sobre la almohada.

Asustada é inquieta, Mannaik exclamó:

— ¡Dionisio, Dionisio mío, soy yo, tu vieja Mariana, ya sabes!

Pero de los labios de Le Marrec no salían más que palabras y más palabras sin conexión, exclamaciones entrecortadas, quejas y suspiros que dilataban su pecho con el movimiento continuo de una ola.

Mannaik le tocó la mano.

— ¡Dios mío, exclamó, diríase que tiene fuego en las venas!.. ¡Esto es la fiebre que le devora!

Y quiso hablarle de nuevo; pero no veía ni oía nada.

Levantando los brazos, y con ademán desesperado, la anciana se precipitó como una loca á través del presbiterio gritando:

— ¡Señor rector, señor rector... Dionisio no me conoce ya!..

Este fué un nuevo golpe, una nueva forma de sufrimiento para el padre Kerbirou.

Habiendo acudido al oír los primeros gritos de Mannaik, fué á sentarse á la cabecera del lecho de su sobrino, y dispúsose á cuidarle, haciendo uso de los conocimientos rudimentarios que en medicina podía tener, y diciéndose, tanto para tranquilizarse cuanto para desechar de su cerebro perturbado la idea de que pudiera ser otra la causa de la enfermedad:

— ¡Seguramente son las fiebres, que le han atacado de nuevo!

No se atrevía á fijar su pensamiento en una correlación posible entre la violenta escena de la víspera y aquel mal sobrevenido tan bruscamente; mas á pesar suyo lo temía, y trataba de hacerse ilusiones, creyendo recordar que varias veces su sobrino le había hablado de fiebres adquiridas durante sus viajes, fiebres que, sin embargo, no le acometieron nunca mientras estuvo en Francia.

— Creo que fué en el Senegal donde el pobre muchacho sufrió el primer ataque, dijo á Mariana. ¿No es verdad?

— Puede ser que sí, contestó la anciana maquinalmente. Yo no lo recuerdo bien.

Tampoco ella creía en un mal relacionado con los viajes, y pensaba:

«¡Es un dolor lo que le ha puesto así!.. Seguramente es su Faik la que le abraza la sangre de este modo.»

Apenas llegó el médico, á quien se había enviado á buscar á Crozon, las primeras palabras del cura fueron para explicar que la causa de la enfermedad serían aquellas fiebres contraídas por el joven.

— Ya sabe usted, doctor, dijo, que ha viajado mu-

cho por una infinidad de países malsanos, como el Senegal, Guyana y la Cochinchina, donde siempre se recoge algo malo.

— Sí, ciertamente, repuso el médico, que examinaba al enfermo; puede haber algo de eso; pero también hay otra cosa, pues en el cerebro está toda la violencia del mal. ¿No ha sufrido el sobrino de usted alguna profunda emoción ó un fuerte dolor moral ó un gran pesar?

Pedro Kerbiriou, turbado un momento, examinó á su interlocutor.

¿Sabía éste ya lo ocurrido en la ceremonia de la víspera, ó sería su pregunta puramente profesional y basada tan sólo en el diagnóstico del mal reconocido por él?

El sacerdote oprimió los labios con expresión de descontento y repuso:

— ¡Diantre, no lo sé de cierto!.. Yo creía que la violencia de esas fiebres bastaba para explicar...

— El estado general y la frecuencia del pulso, sí, á primera vista; mas reconozco una exaltación, un delirio que me hacen temer accidentes cerebrales, no motivados por un simple acceso de fiebre palúdica...

El cura se decidió al fin.

— ¡Pues bien, sí!, dijo; ayer sufrió una dolorosa contrariedad; mas yo no pensaba...

El doctor levantó discretamente la mano.

— ¡Bueno, bueno!, repuso. Crea usted que si me permito interrogarle así es en interés del enfermo, para combatir más seguramente la enfermedad.

No queriendo insistir más, prescribió los remedios que habían de aplicarse, dejando una receta muy detallada, y prometió volver todos los días.

Una vez sólo, Pedro Kerbiriou, agobiado por el dolor, dejó caer la cabeza entre sus manos, tratando de ver claro en lo más profundo de su alma.

¿Habría hecho mal en resistirse á la extraordinaria petición de su sobrino? ¿Debía verle enfermo, en peligro tal vez, porque él, ministro de Dios, había mirado por los intereses de la Iglesia, por la defensa de esa religión de que era uno de los representantes en la tierra, contra aquellos á quienes consideraba como sus más peligrosos y terribles enemigos?

Sin embargo, creía no haber obrado más que en bien de todos, y he aquí que el mal, recayendo en su sobrino, y alcanzándole á él en el ser más querido, parecía darle un ruidoso mentís, censurando la conducta que había observado.

Elevaba ardientes súplicas á Dios, pidiéndole que le iluminase en caso tan nuevo, rogándole que no le dejara entre aquellos dos dolores, el sufrimiento de su sobrino y el peligro á que estaba expuesta la Iglesia. Pero abandonó estas primeras luchas íntimas consigo mismo para cuidar con la mayor solicitud al joven, aturdiéndose al ocuparse tan sólo del enfermo, alejando de su mente todo pensamiento que no fuera el de su curación, el de salvar su vida, secundado por la abnegación de la anciana Mannaik.

Muy pronto, gracias á los primeros remedios, tuvo la satisfacción de ver que el delirio desaparecía poco á poco, sustituyéndole un sueño menos agitado y más tranquilizador.

Ya volvía á renacer en él la esperanza, y formaba nuevos proyectos, combinando toda una historia que induciría á Dionisio á marchar de nuevo, á salir de Camaret para emprender un viaje largo, durante el cual se curaría de su pasión.

El cura se frotaba suavemente las manos, contando con aquella tenaz pasión por el mar que tan á menudo le había arrancado su sobrino cada vez que esperaba retenerle, y se decía:

— ¡Mejor quiero saber que está allá abajo, en América, en las Indias y hasta en la China, que no en aquel cabo de la Cabra!

Desgraciadamente la mejoría no fué duradera; las crisis se sucedieron más violentas, burlando la ciencia del médico, que á pesar de su buena voluntad y de su celo no llegaba á dominar completa y definitivamente el mal, y hallábase cada vez en presencia de nuevos accidentes, de fenómenos que le desconcertaban más y más.

Cierto día se mostró tan descontento, tan sorprendido de lo que se producía en el estado del enfermo, que Pedro Kerbiriou estaba verdaderamente inquieto.

Después de vacilar un poco, el doctor contestó:

— Yo quisiera consultar con un colega.

Este era un síntoma tan temible, que el sacerdote, á pesar de su energía, quedó un momento sofocado por el dolor, balbuceando:

— ¡Dios mío, tan grave está!..

Todas las esperanzas se desvanecían, y con ellas caían por tierra los hermosos proyectos secretamente formados. Ahora no se trataba de saber lo que Dios Le Marrec haría después de su restablecimiento; era preciso disputar su existencia á la muerte.

Y contestó al médico:

— Venga usted con el compañero que usted elija; creo que bien podrán salvarle entre los dos.

Transcurrieron algunos días, durante los cuales se produjo por segunda vez una mejoría muy sensible; mas el rector no se tranquilizó demasiado pronto, y esforzóse por desechar de su mente toda preocupación que no fuera la de curar á su sobrino, única cosa en que pensaba.

Se intentó una medicación diferente y muy enérgica, que dió los mejores resultados; de nuevo había desaparecido casi el delirio, y los accesos de fiebre, menos frecuentes, disminuían en intensidad. El sacerdote daba ya gracias al cielo, cuando una recaída más violenta que las anteriores anuló en pocos instantes los efectos de la mejoría obtenida tan penosamente.

Hasta entonces las palabras pronunciadas por Le Marrec en su delirio eran tan confusas é incoherentes, que no se hacía posible encontrar sentido, ni adivinar siquiera lo que podían decir; pero en la mañana de la recaída no sucedió así; la idea se fijaba, persistía con tenacidad, y un nombre, siempre el mismo, salía ardiente y desesperado de su garganta abrasada, de su boca reseca.

— ¡Faik!.. ¡Faik Goalen!.. ¡Faik!..

Precisamente en aquel momento Mariana estaba junto al lecho con el cura, y la criada miró á éste.

Pero el rector, apartando la vista de Mannaik, como si hubiese querido escapar de un remordimiento, volvióse y se pasó la mano temblorosa por la frente y por los ojos como si se esforzara para apartar la visión.

— ¡Faik, Faik!, gemía el enfermo.

Mariana, con las manos unidas, balbuceaba una oración.

— ¡Virgen Santa, exclamó, salvadle!..

— ¡Siempre... siempre ella!, murmuró el sacerdote. ¡Ah, desgraciado joven!..

Un sentimiento compasivo ablandaba su corazón, antes tan rebelde; se enternecía, y estaba dispuesto á ciertas concesiones. Varias veces había hecho un movimiento hacia la anciana Mannaik, adivinando lo que ella pensaba, reflexionando que en el corazón de aquella mujer había más verdadera misericordia y más ternura que en el suyo.

Ahora palpitaba una frase en sus labios, frase de transigencia y de caridad, que llegaría á ser tal vez un medio salvador; iba á dejarla escapar, y á decir á su compañera: «¡Háblale de ella, de... de aquella cuyo recuerdo le persigue así!.. ¡Sin duda esto le aliviará!..»

Mannaik lo impidió con estas inesperadas palabras:

— ¡Tres semanas hace ya que esta enfermedad dura, señor rector! ¿Le parece á usted natural?

El cura inclinó la cabeza, no sabía adónde la buena mujer quería ir á parar, distraído del pensamiento que tenía y un poco desconcertado por aquella pregunta enigmática, que le parecía ocultar algún peligro; mas por decir algo contestó:

— Los médicos me han prevenido que esto sería largo.

Mariana se encogió de hombros irrespetuosamente, con tanta energía que su cofia se desarregló.

— ¡Los médicos, los médicos!.. ¿Quiera usted que le hable con franqueza? ¡Pues bien: le diré que no entienden nada de la enfermedad de Dionisio!..

El rector los defendió, protestando:

— Sin embargo, dijo, no es posible mayor celo ni mayor competencia que...

Mannaik le interrumpió.

— Aunque fueran médicos de Brest, de París, ó de donde usted quiera, y los más famosos, persistiría en lo que pienso, que ninguno de ellos es capaz de curarle.

Y Mariana se cruzó de brazos, inclinada la frente, y tan tenaz en su silencio, que excitó la curiosidad de su amo, el cual, después de haber esperado algún tiempo sin que la anciana despegase los labios, preguntó:

— ¿Entonces, Mannaik, tu idea es que?..

Esperaba pensativo y algo inquieto, conociendo el carácter extraño de la anciana.

Mannaik levantó poco á poco la cabeza, miró fijamente al rector, esforzándose para conservar su calma, y dijo en voz baja:

— Cuando los médicos del país no consiguen curar, se va á otra parte...

Mudo de sorpresa, el rector se levantó á medias; pero dominándose luego, siguió interrogando con los labios temblorosos.

— ¿Qué quieres decir?

— ¡Tenemós el Hechicero!..

Había pronunciado estas palabras muy de prisa, como si le urgiera verse libre de una confidencia difícil.

Esta vez, Pedro Kerbiriou, sin poder dominarse, púsose en pie por la violencia de su cólera y se indignó.

— ¡El... él... el maldito!..

La anciana bretona insistió, con los dientes apretados, mascando las palabras como para demostrar que no cedería.

— ¡Solamente él, exclamó, puede salvarle ahora! A mí me salvó en otro tiempo, cuando todos los médicos me declaraban perdida, buena tan sólo para que me enterraran...

El sacerdote, mirando á Mannaik con más curiosidad que cólera, unió lentamente las manos, y lleno de admiración le interrogó:

— ¿Conque le conoces, Mannaik? Esta es la primera vez que sé...

— No eran cosas que podía decir á usted, balbuceó Mariana. ¡Valiente sermón me habría usted echado! ¿No es verdad? Mas ahora, habiendo peligro, es preciso apelar al barco de salvamento.

El rector prosiguió, interesado á pesar suyo y con el alma ávida de esperanza.

— ¿Conque él te cuidó?

— ¡Me curó y me salvó, cuando todas las medicinas no habían dado resultado alguno, y él salvará á Dionisio si usted quiere, yo se lo aseguro!..

Violentas oleadas de sangre, expelidas del corazón, llegaban hasta el rostro del sacerdote, tiñéndole de púrpura; Pedro Kerbiriou parecía luchar contra los pensamientos que le asaltaban.

Al fin consiguió dominarse, como si tomara una brusca resolución; y casi suplicante, mostrando el lecho en que Dionisio yacía tendido, devorado por la fiebre, preguntó:

— ¿Consentirías tú en ir á buscar á ese hombre, á ese Nedelek Goalen, para que viniera á curar á mi hijo?

Mariana se incorporó vivamente con expresión de alegría.

— ¡Ahora mismo, si usted lo desea; y ya verá lo que sabe hacer el de allá abajo!

Mas el cura, recordando lo que había sucedido en la ceremonia de la Cruz de la Misión, preguntó:

— ¿Querrá él?..

Mannaik frunció ligeramente las cejas.

— ¡Oh, diantre!, exclamó, la verdad es que no se mostró usted muy caritativo con su hija, señor rector. ¡En fin, es tan buen hombre!..

Mientras Mannaik, envuelta en un mantón, iba á buscar un vehículo para que la condujese á la casa del Hechicero, Pedro Kerbiriou, abismado ante una imagen de la Virgen, murmuraba con acento suplicante:

— ¡Haz que venga, madre de Jesucristo!..

III

De pie sobre la roca más extrema de la punta de Pois, vuelto de espaldas al Atlántico, cuyos mugidos llenaban las cavernas submarinas, las anfractuosidades de Dahouet, y cuya espuma hervía espesa sobre el agua de color verde negruzco encerrada entre aquellas cortaduras gigantescas, el padre Pedro Kerbiriou, con los brazos cruzados sobre el pecho, flotante la sotana á impulsos del viento que soplabá sin cesar del Oeste, contemplaba allá abajo aquel punto de la costa hacia el cual parecía querer arrojarle el huracán.

Perfilándose con implacable limpieza sobre la línea sombría que termina en las puntas del Van y del Raz, destacábase monstruosa la enorme escarpadura del cabo de la Cabra.

¡Allí era donde debía ir, él, respetable sacerdote; él, cura de Camaret!

Una crispación le hacía apretar los puños, clavando las uñas en las palmas de las manos, y sus pupilas brillaban, lanzando su doble rayo sobre la cima de aquella línea, de la cual se distinguían claramente las salientes y las aristas y en la que el semáforo parecía un diminuto punto blanco.

Toda la terrible escena de la víspera se representaba en su mente, asaltándole las dudas, las vacilaciones, los remordimientos, y escuchaba distraídamente, á ochenta metros bajo sus pies, el incansable mugido de las olas sobre la base pedregosa de la península, aquella península de pórvido que hay entre las gigantescas rocas de granito de las costas del León y del Raz.

Como si él hubiera formado parte de la enorme punta, parecíale ser de ese pórvido, de ese pedernal más duro que todo, cortante como el acero, resistente, impenetrable; cuyos fragmentos disgrega al fin el Atlántico, pero que no puede corroer ni desgastar. Tampoco él quería ceder, dejarse penetrar, y resistía desesperadamente.

(Continuará)



GRANADA. — EL BARRIO DE LA ALCAZABA CADIMA,
dibujo de José Larrocha

EL COMPÁS DE SANTA ISABEL

En el barrio del Albaicín, á pocos metros de la antigua parroquia de San Miguel el Bajo, hállase el monasterio de Santa Isabel, antiguo palacio de Dar la Horra ó *Casa de la Honesta*, que fué en los últimos tiempos de la Granada árabe residencia real, y desde la conquista de la ciudad, albergue de una ilustre comunidad de franciscanos.

El convento de Santa Isabel la Real es el más antiguo de Granada. Su fundación se debe á la magnánima reina que completó la reconquista: habrá pocas edificaciones religiosas más interesantes, pues en ella se reúnen los rasgos característicos de varias civilizaciones y se observa mejor que en ningún otro lo que constituye una especialidad atractiva de los monumentos cristianos granadinos, que levantados sobre solares árabes, tienen escrita en sus muros una historia completa del arte español.

Se erigió esta antigua y nobilísima fundación, cuyas rentas concedió Isabel la Católica por cédula expedida en Medina del Campo setenta y dos días antes de su muerte, en lo que era por entonces, á raíz de la conquista, lo mejor de Granada, y sigue siéndolo hoy por la pureza de los aires y las deliciosas perspectivas que desde las alturas del Albaicín se descubren. La casa, dedicada á la contemplación y al rezo, se erigió por la Reina Católica en el mismo palacio de otra reina, en el suntuoso alcázar de Aixa la altiva, palacio donde se decidió más de una vez, en los últimos tiempos de los Nazar, el destino de Granada cuando tres reyes se disputaban su solio.

Los diversos aspectos artísticos del convento de Santa Isabel la Real se revelan principalmente en el amplio pórtico jardín que se extiende delante de la fachada del edificio y que se conoce en Granada con el nombre de *Compás de Santa Isabel*, paraje delicioso, mil veces reproducido por los artistas, donde se respira un ambiente de paz y de calma, que predispone al espíritu más escéptico á las dulces emociones del misticismo.

El *Compás* ofrece dulce recreación á los sentidos; el patio es un hermoso y casi selvático jardín en cuyo suelo crecen hierbas olorosas que forman en la primavera á modo de un prado blando y florido; álamos corpulentos elévanse hasta tocar con sus copas altísimas el minarete de la esbelta torrecilla árabe, en cuyos ajimeces voltean las campanas del convento, á cuyos agudos sonos contesta el vocerío alegre de los ruiñesores que fabrican sus nidos en los árboles.

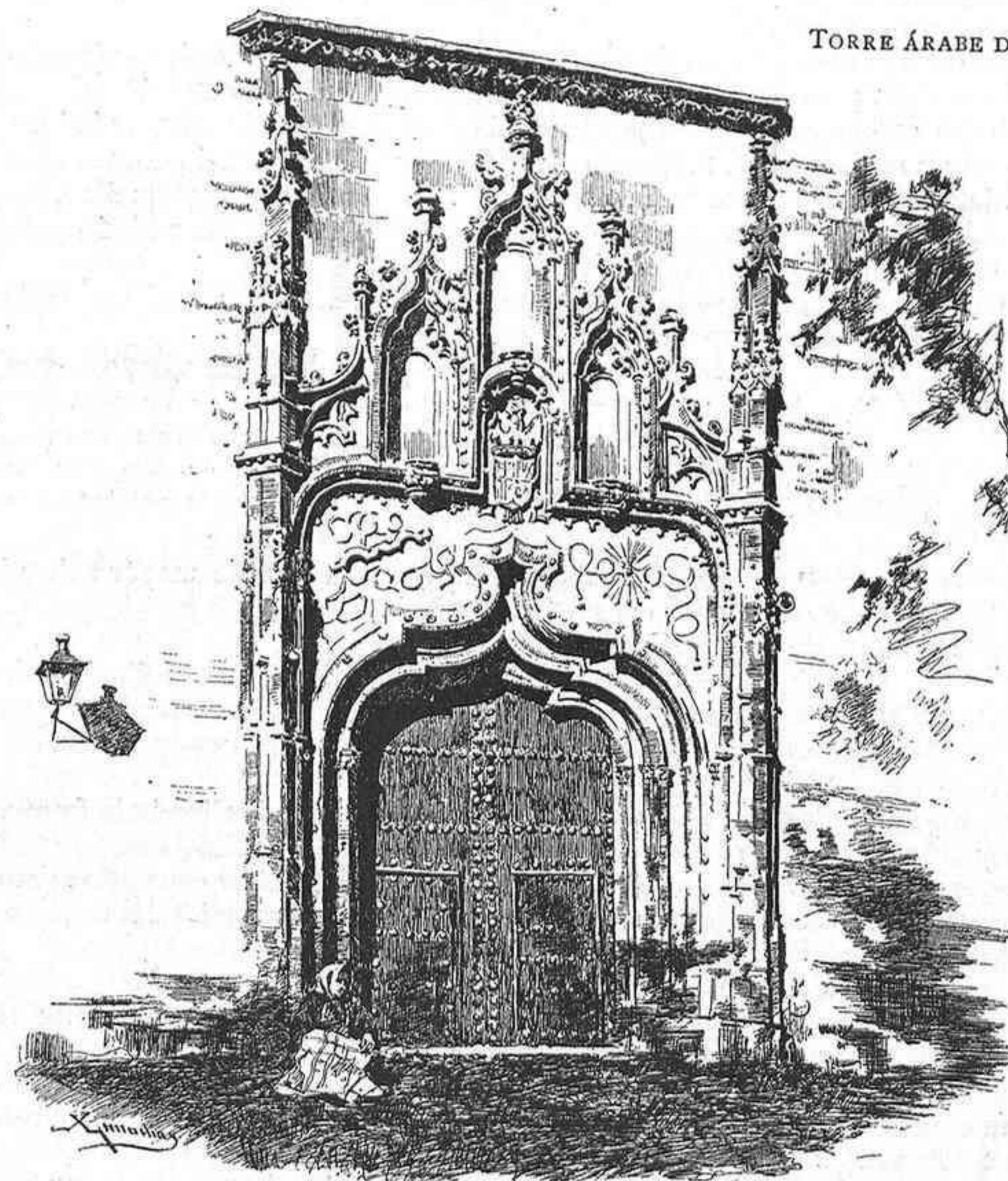
La severa portada, de traza gótica pura y sencilla, trae á la memoria recuerdos de otra edad, mientras que á ratos escúchase lejano y perdido el acompasado cantar de las monjas que elevan á Dios sus plegarias; canto de melancólica poesía que resuena, como el eco de otra vida, en los viejos tapias del atrio, á cuyo amparo crecen las madresevas y se ex-

tienden, formando fresco tapiz, los rosales de distintos colores. Es aquél sitio de meditar y de soñar; aduérmese allí el pensamiento, mecido por el rumor de la arboleda y el canto de las aves, únicos ruidos que turban el silencio de aquel lugar que cubre con su manto de purísimo azul el cielo más hermoso del mundo.

La comunidad que tiene albergue en aquel hermoso retiro, cuenta en su historia los nombres de santas siervas del Señor. La fundadora fué Sor Luisa de la Cruz, llamada en el siglo doña Teresa de Torres, dama de noble alcurnia á quien la trágica muerte de su esposo, quinto condestable de Castilla, asesinado en la catedral de Jaén, hizo abandonar el mundo por el claustro.

Sor Isabel González, profesa también de este convento, dícese que tuvo espíritu de profecía.

Sor Beatriz de Belmonte descendía de los reyes de Navarra. Sor María de Bobadilla y Sor Isabel Lucas murieron en olor de santidad, y Sor Ana de Villalobos, desenterrada 19 años después de su muerte, hállase su cuerpo sin señal alguna de descomposición. Esta sierva de Dios entró monja en condiciones muy singulares, pues determinó dejar el mundo



PORTADA DE LA IGLESIA DE SANTA ISABEL LA REAL,
dibujo de José Larrocha

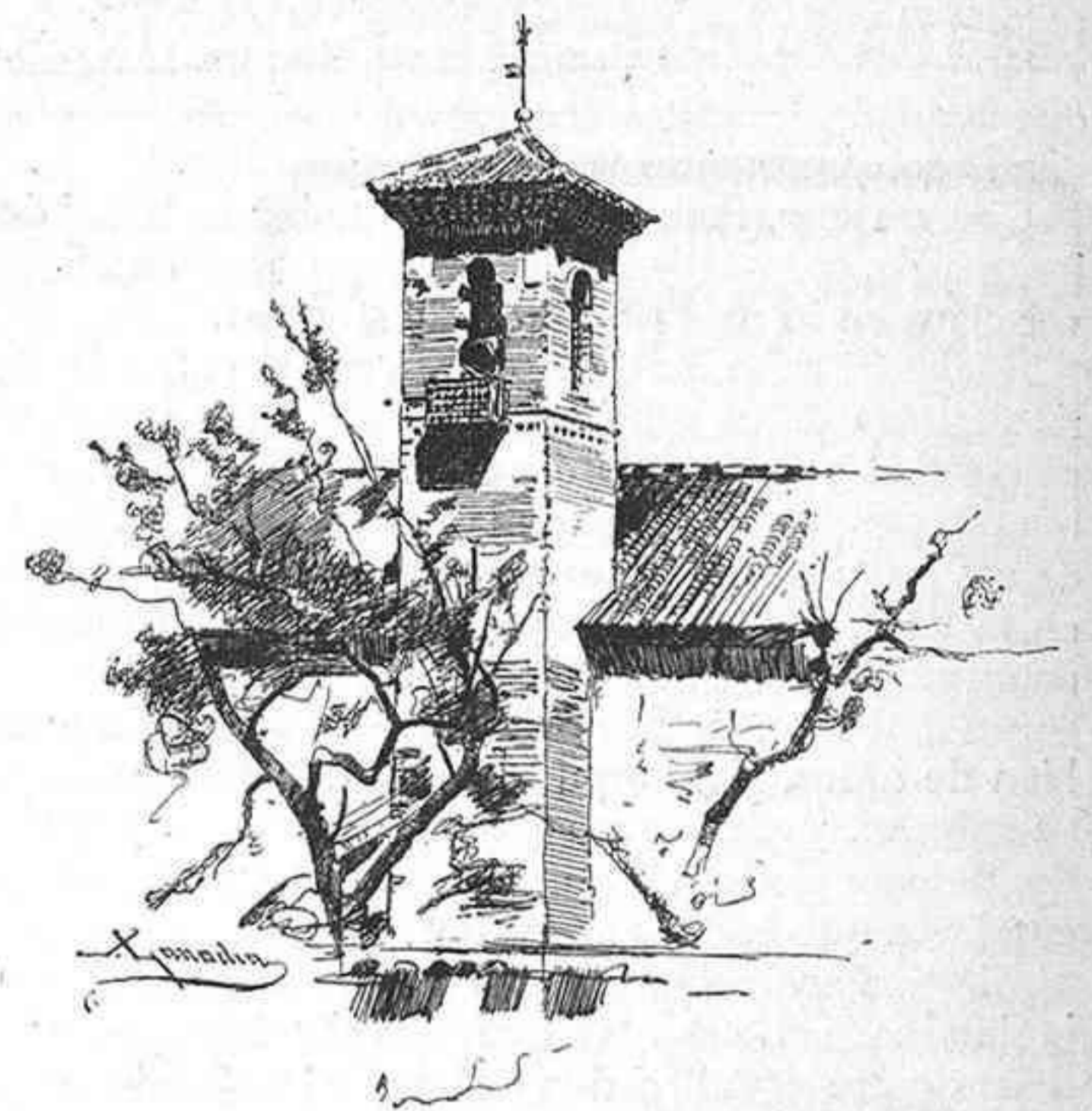
el mismo día en que iban á celebrarse sus desposorios con un noble caballero. Ataviada ya para las bodas, vió en el espejo donde se miraba su propia imagen; pero muerta, colocada en un ataúd sobre un féretro, rodeada de blandones, y esta visión la impre-

sionó tanto que determinó en ella una vocación irresistible á la vida religiosa.

Varios milagros se refieren ocurridos en este convento, de los cuales, dejando aparte las muchas maravillas obradas, según tradición de la casa, con infinidad de religiosas por la imagen de Nuestra Se-

ñora de Guadalupe, que se venera en el altar mayor de la iglesia, referiré dos, á título de curiosidad, de que el P. Lachica hace mérito en su *Gacetilla*, primer periódico que se publicó en Granada.

«El año 1611, estando varias religiosas en la cocina, oyeron tremendo fragor, semejante al estampido de un cañonazo, que les hizo huir asustadas. Se llamó á los albañiles para que descubriesen el lugar donde se sintió el ruido, y hallaron una hermosa cruz



TORRE ÁRABE DEL CONVENTO DE SANTA ISABEL LA REAL,
dibujo de José Larrocha

de madera, que desde entonces es objeto de especialísima devoción.

»Esta misma cruz obró otro prodigio. Una mora, sirviente del convento, tenía tal horror al símbolo de la redención, que bastaba hacer su señal con la mano para verla huir dando ruidos de furor. Un día que las religiosas llevaban procesionalmente la cruz tan milagrosamente hallada, instáronle para que fuese á verla, y en el mismo acto la mora se convirtió, confesando á Jesucristo y pidiendo ser bautizada con el nombre de María de la Cruz, como así se hizo.»

El convento de Santa Isabel la Real es, pues, uno de los más ilustres de España, por su antigüedad y porque siempre se han formado sus comunidades con las más nobles damas del reino y especialmente de Andalucía.

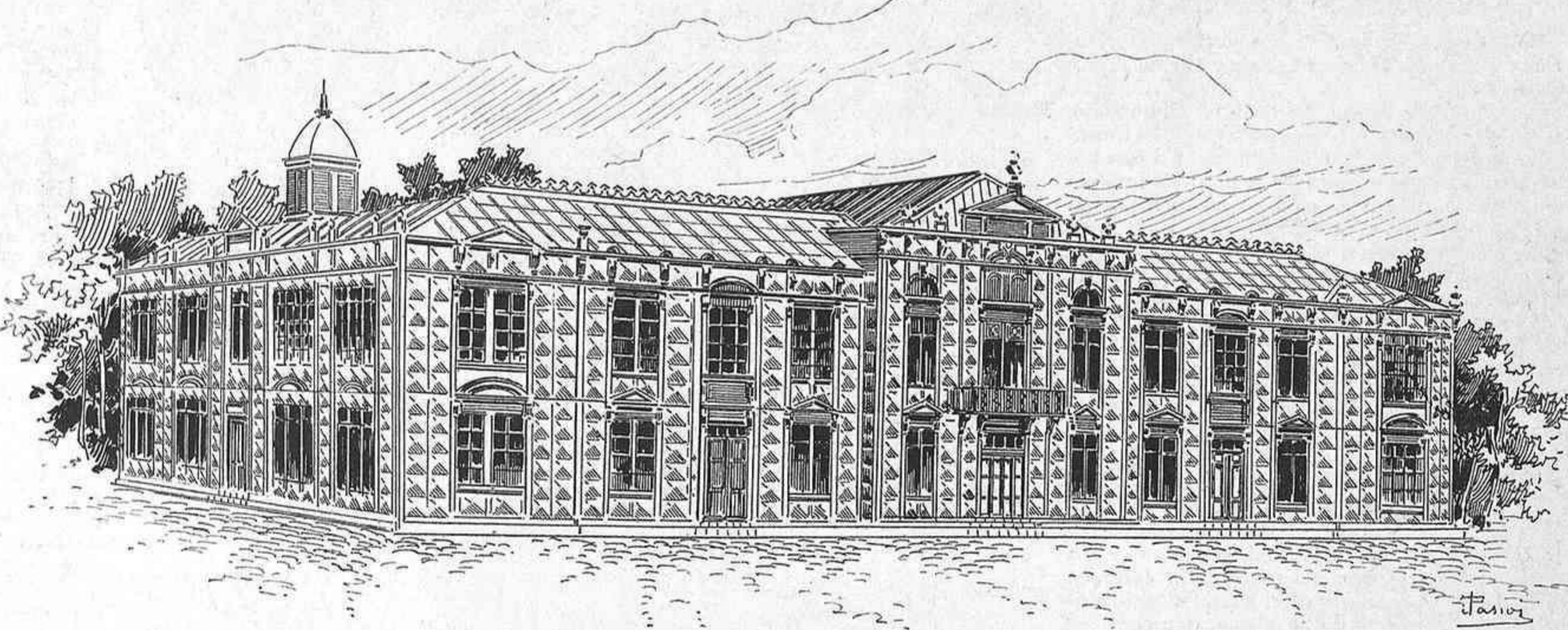
Desde el punto de vista artístico pocos habrá más interesantes, pues en el hermoso edificio del Albaicín puede estudiarse como en ningún otro este originalísimo arte religioso granadino, que sobre los cimientos de las mezquitas y de los palacios árabes eleva hermosos templos, en los que se funde el arte maravilloso de los vencidos con las gallardías del Renacimiento y la espiritual y delicadísima arquitectura ojival.

FRANCISCO SECO DE LUCENA

EDIFICIO METÁLICO

PARA LAS ESCUELAS GRADUADAS,
en San José de Costa Rica

El edificio metálico que reproducimos en esta página fué encargado á Bélgica, siendo presidente de la República el Sr. Rodríguez, secretario de Instrucción el Dr. D. Pánfilo Valverde, é inspector de Escuelas D. Miguel Obregón, hoy inspector general de Enseñanza. El edificio que, como verán nuestros lectores, ofrece muy buen golpe de vista, está situado al Norte del Parque de Morazán y tiene capacidad para mil alumnos: en él se proyecta establecer las escuelas graduadas, aunque la prensa y el público de la capital costarricense hacen á ello alguna oposición porque está algo apartado del centro de la ciudad, lo cual obligará á los niños que viven en ciertos barrios excéntricos á hacer una jornada muy penosa, especialmente en la época de lluvias, por la mucha distancia que habrán de recorrer.



EDIFICIO METÁLICO PARA LAS ESCUELAS GRADUADAS, EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todas las ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
Estreñimiento,
Jaqueca,
Malestar, Pesadez gástrica,
Congestion
curados ó prevenidos.
(Rótulo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rótulo a firma de J. FAYARD, Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

5 fr.
PUREZA DEL CUTIS en Paris
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. B. St-Denis, 18

GARGANTA VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. — Precio: 12 REALES.
Exigir en el rótulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
En Polvos y Cigarrillos
Alivia y Cura CATARRO,
BRONQUITIS,
OPRESION
ASMA
y toda afección
Espasmódica
de las vias respiratorias.
25 años de éxito. Med. Oro y Plata
J. FERRÉ y Cia, P^o, 102, R. Richelieu, Paris.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito
El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
Grageas al Lactato de Hierro de **GÉLIS & CONTÉ**
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.
Bergotina y Grageas de **BERGOTINA BONJEAN** HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris
LABELONYE y C^a, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
Preparado especial para combatir con suceso
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Higado y de la Vejiga (Exigir la marca de « la Mujer de 3 piernas »).
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita: 1 fr. 30
POMADA FONTAINE
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eczema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los parpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.
TARIN, Farmaceutico de 1^a Clase, ex-interno de los Hospitales
PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

CARNE y QUINA
El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.
VINO AROUD con QUINA
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE
CARNE y QUINA: con los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las Calenturas y Convalecencias, contra las Diarreas y las Afecciones del Estómago y los intestinos.
Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al Wine de Quina de Aroud.
Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^o, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.
EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150. PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES del PECHO y de los INTESTINOS.

MEDICACION TÓNICA
PILDORAS y JARABE DE BLANCARD
Con ioduro de Hierro inalterable
ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
RAQUITISMO
ESCRÓFULOS
TUMORES BLANCOS
etc., etc.
Exijase la firma y el sello de garantia.
PARIS
40, rue Bonaparte, 40

CARRERAS-CAZA
EMBROCACION MÉRÉ de Chantilly
INDISPENSABLE PARA FORTIFICAR LAS PIERNAS DE LOS CABALLOS
FOLLETO FRANCO MÉRÉ FARM. ORLEANS

Agua Léchelle
HEMOSTATICA. — Se receta contra los flujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los esputos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de Paris, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de flujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
Depósito GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en Paris.

MONUMENTO A PASTEUR

En la ciudad de Alais se ha inaugurado recientemente el monumento que en esta página reproducimos.

La estatua de bronce de Pasteur álzase sobre un elevado pedestal de mármol blanco. El ilustre sabio acoge con un gesto de protección á una pobre hilandera que arrodillada á sus pies implora la ayuda de su genio, y en su mano izquierda tiene un brezo, en el cual hay varios capullos: en éstos procura estudiar Pasteur la misteriosa enfermedad que un día amenazó arruinar la industria del país.

Este monumento, obra de Tony Noel, es de una sobriedad bellísima: en él está inscrita la famosa frase «Si la ciencia no tiene patria, el sabio ha de tenerla.»

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

¡PROSA VII!, por José Jackson Veyan. — La Biblioteca Selecta que con tanto éxito edita en Valencia D. Pascual Aguilar, ha publicado últimamente el tomo 78 de la misma, que contiene multitud de artículos del conocido escritor señor Jackson Veyan. Escritos con la facilidad y gracia que caracterizan á su autor, tienen casi todos ellos oculto, bajo una forma ligera y chispeante, un fondo serio: el Sr. Jackson Veyan no usa la palmeta del dómine, pero esgrime admirablemente las armas de la sátira, y con ellas tira más de una estocada á fondo y sacude algunos varapalos contra ciertos vicios y preocupaciones de nuestra actual sociedad. ¡Prosa *vill* es, en suma, un libro de lectura sumamente agradable, y como todos los que forman parte de la Biblioteca Selecta, se vende á dos reales.

BARCELONA Á LA VISTA. — Se han puesto á la venta los cuadernos 2 y 3 de esta interesante publicación que edita D. Antonio López. Contienen: la Universidad, puerta del Parque, sala de espectáculos del Liceo, paseo de Colón, puerta principal de Santa María del Mar, escalera principal del teatro del Liceo, Diputación Provincial, sala de espectáculos del teatro Lírico, Museo Martorell, mercado de la Concepción, gruta del Parque, plaza del Rey, capitanía del Puerto, estación del ferrocarril del Norte, plaza de la Paz, el elefante del Parque, arcós de los Encantes, Rambla de Cataluña, salón de lectura de la Biblioteca Universitaria, torres de la plaza Nueva, monumento á Prim, arco de Triunfo, palacio de Bellas Artes y Salón



MONUMENTO ERIGIDO EN ALAIS Á LA MEMORIA DE PASTEUR

de San Juan, Frontón Condal, patio y escalera de casa Dalmases, claustro de la Catedral, casa Güell, plaza de Toros, calle de la Piedad, escalera principal de la Universidad, cementerio antiguo y los tigres del Parque. Cada cuaderno se vende al precio de 30 céntimos en Barcelona y 35 en provincias.

HISTORIA DEL ARTE. ESCULTURA. PINTURA, por Francisco de P. Valladar. — El inteligente editor de esta ciudad D. Antonio J. Bastinos ha publicado el segundo tomo de esta obra que completa la historia de las bellas artes, y en el cual se describen, comentan y analizan las épocas que en la historia del arte se han sucedido, expresando los escultores y pintores más famosos, el enlace entre las varias escuelas, las influencias que los tiempos y los hombres han ejercido en ellas. Reducida esta obra á lo precisamente necesario, no hay en ella largas disquisiciones, pero tampoco falta nada para que aquélla resulte completa. El Sr. Valladar ha demostrado en todo el libro un criterio recto y elevado, apoyando siempre sus juicios en notables, curiosos y fidedignos documentos. La obra que nos ocupa forma un tomo de 700 páginas con 333 grabados, reproducción de las esculturas y pinturas más notables de todos los estilos y nacionalidades, especialmente de la época contemporánea y de autores españoles y franceses. Véndese el libro á 8 pesetas en rústica y 10 encuadernado en percalina con planchas alegóricas en oro y alto relieve.

ALMANAQUE SUD-AMERICANO PARA 1897. — Editado por D. R. Espasa y de propiedad del *Siglo Ilustrado*, de Buenos Aires, se ha publicado este almanaque, vigésimo primero de la serie que con tanto éxito viene dando al público el citado editor. Contiene notables artículos, inspiradas poesías y graciosos chascarrillos de los principales escritores españoles y americanos que en número de 72 han colaborado este año en la publicación, y bonitos dibujos de Cabrinetty, Caraffa, Cilla, Eriz, Fradera, Mestres (Apeles), Nicolau Cotanda, Pellicer (José Luis), Picolo, Prieto y Valdés, Ross y Vázquez.

NOVELITAS Y CUENTOS por Rafael Altamira. — Forma este tomo el 47.º de la Colección Diamante, que con tanto éxito publica el editor de esta ciudad D. Antonio López, y contiene siete bellísimos trabajos del reputado escritor Sr. Altamira, tan interesantes por su asunto como bien escritos. Véndese el libro á dos reales.

Jarabe Laroze
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE al Bromuro de Potasio
DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Expediciones : J.-P. LAROZE & C^{te}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO

Pepsina Boudault

Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
PREMIO DEL INSTITUTO AL D^o CORVISART, EN 1856
Medallas en las Exposiciones internacionales de
PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALGIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION

BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT

PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
y en las principales farmacias.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 81, Rue de Selne.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

CARNE, HIERRO y QUINA
El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

VINO FERRUGINOSO AROUD
Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE

CARNE, HIERRO y QUINA! Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas preuban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anémia, las Menstruaciones dolorosas, el Empobrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El *Vino Ferruginoso* de Aroud es, en efecto, el único que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde á la sangre empobrecida y decolorada: el *Vigor*, la *Coloracion* y la *Energía vital*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farm^a, 102, r. Richelieu, Sucesor de AROUD.
SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APOL DE LOS JORET-HOMOLLE

CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONS DE LOS MENSTRUOS

FA^o BRIA^o 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

CEREBRINA
REMEDIO SEGURO CONTRA LAS JAQUECAS y NEURALGIAS

Suprime los Cólicos periódicos
E. FOURNIER Farm^a, 114, Rue de Provence, en PARIS
En MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
Desconfiar de las Imitaciones.

PATE ÉPILATOIRE DUSSE destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILAVORE DUSSE**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN